

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

El lobo anda suelto

El soviético Eugen Smolenko llega a Washington procedente de París, a fin de integrarse en los servicios diplomáticos de su país. Pero todavía en el avión, es asesinado. Sorpresa y alarma en el mundo diplomático, y muy especialmente en la parte estadounidense cuando, no se sabe el cómo y el por qué de este asesinato. Surge el rumor de que la agente Baby es y ha sido siempre una traidora a la CIA y a los Estados Unidos, fiel colaboradora de la MVD rusa, y gran amiga personal del famoso agente soviético Lobo («Volk»), por lo que se encuentra acosada. Mientras tanto, El Lobo anda suelto por Estados Unidos haciendo de las suyas, convencido de que es invencible. Hasta que tiene un desengaño: nadie es invencible, ni siquiera él…



Lou Carrigan

El Lobo anda suelto

Brigitte en acción - 356

ePub r1.1
Titivillus 12.11.2017

Lou Carrigan, 1984
Diseño de portada: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Último viaje

Hacia las once de la mañana de aquel soleado día invernal el diplomático ruso Eugen Smolenko llegó a los Estados Unidos de América en vuelo directo procedente de París. El reactor en el que viajaba tomó tierra sin problema alguno en una de las pistas del aeropuerto washingtoniano de John Foster Dulles, y, tras las maniobras técnicas de rigor, Smolenko y el resto de los pasajeros se dispusieron a desembarcar.

En el aeropuerto todo respiraba normalidad, empezando por el seco frío un tanto mitigado por el sol y el movimiento de pasajeros y empleados del aeropuerto.

Todo normal.

Dos miembros de tercera categoría del personal diplomático ruso destinado en la Embajada en Washington, esperaban a Eugen Smolenko, indiferentes. Un poco más allá, un agente de la MVD de los «tolerados» se aburría en aquella insignificante misión rutinaria de observar la llegada de uno de los diplomáticos de su país. Y otro poco más allá, dos agentes de la CIA se aburrían asimismo observando ora al agente soviético ora a los dos diplomáticos, cumpliendo una misión no menos insignificante, rutinaria y aburrida.

—¿Crees que ese Smolenko será otro espía? —preguntó uno de los agentes de la CIA.

—¿Qué más da? Si lo es, la Central ya debe de saberlo. Hace ya tiempo que no nos engañamos unos a otros. Y de todos modos, esa clase de agentes no suelen crear problemas: son más bien analistas sobre el propio terreno que gente de acción.

—Cierto —sonrió el otro—… ¡Cierto! Esa clase de agentes no debe preocuparnos. A fin de cuentas, hacen una labor que, a poco que se lo propusieran, podrían hacerla los propios diplomáticos.

—No compliquemos las cosas: un diplomático es un diplomático

y un espía es un espía.

—¿Tú crees?

Rieron quedamente los dos. Un chiste, aunque fuera tan sencillo como aquel, era suficiente para disipar un poco el aburrimiento.

En aquel momento, el hombre objeto de los comentarios de los agentes norteamericanos aparecía en lo alto de la escalerilla, detrás de una dama de cierta edad. Los americanos comprendieron que se trataba de Eugen Smolenko por el gesto que hicieron los dos diplomáticos rusos que esperaban, y por el movimiento como de desperezamiento de su colega «tolerado» ruso; que por cierto sabían que se llamaba Daniel Bolkin.

En lo alto de la escalera colocada ante la salida del avión, Eugen Smolenko sintió una vaga emoción al recibir el calor del sol americano. Tenía cuarenta y dos años, y era la primera vez que iba a trabajar en los Estados Unidos. Quisiéralo o no, esto le causaba emoción. No podía evitarlo.

Y así estaba, vagamente emocionado y dando el primer paso hacia los peldaños, cuando sintió el golpecito en el pecho.

Eso fue todo.

Sintió el golpecito en el pecho, y luego… ya no sintió nada más.

Simplemente, murió en el acto.

Su cuerpo osciló hacia atrás, chocó apenas con el pasajero que le seguía, y regresó hacia delante. En tan breve tiempo, una pequeña mancha roja apareció sobre su chaleco de un discreto tono gris, como el traje. Justo sobre el corazón, que ya se había detenido; perforado por la bala de grueso calibre.

No se había oído nada, no cambió nada alrededor, de momento. Eugen Smolenko retrocedió, volvió hacia delante, apareció la manchita roja sobre su corazón, estuvo así un instante, y luego cayó como una masa inerte sobre la espalda de la mujer que le precedía ya escaleras abajo.

Entonces, sí, comenzaron a suceder cosas. La mujer gritó sobresaltada, se volvió perdiendo casi completamente el equilibrio, y Eugen Smolenko, pasando junto a ella, siguió cayendo hacia delante como arrastrado por el peso de su cabeza. Tropezó con otro pasajero, cayó por fin de cabeza, rebotó en el escalón, y siguió rodando hacia la dura y fría pista de cemento.

Entonces, sí.

Entonces, empezaron a suceder cosas.

Pero ya nada podía importarle al diplomático ruso Eugen Smolenko: había terminado su último viaje.

Capítulo primero

—¡Pero a mí me gustaría acompañarte! —insistió una vez más Brigitte.

—No —negó una vez más Número Uno.

—¿Y por qué no? ¡Tú siempre me llevas al aeropuerto de Luqa cuando me voy de Malta! ¿Cierto?

—Cierto —admitió sosegadamente Número Uno—. Pero en esas ocasiones yo me encuentro perfectamente. En cambio, en esta ocasión, tú estás herida.

—¡Herida! ¡Claro que no estoy herida! Oh, vamos, ya estoy cansada de que me tratéis como a una inválida. ¡Sólo tuve una torcedura de pie, y eso ya pasó, me encuentro perfectamente!

—Por si acaso.

—No entiendo por qué discutes tanto con él —dijo Frank Minello—, si sabes que él va a ganar.

Brigitte Montfort se volvió airada hacia su amigo del alma, el buen Frankie, que precisamente estaba allí, en su apartamento, para ser él quien llevase en su coche a Número Uno al aeropuerto, de regreso a Malta tras su larga estancia en Nueva York.

—¡Tú te callas, Frankie! —ordenó.

—¡Qué guapa estás cuando te enfadas! —exclamó Frankie—. ¡Se me cae la baba sólo de mirarte! ¡Qué guapa!

—¡Eres un bobo!

—¿Por qué te metes con él? —Casi sonrió Uno, abrazando a Brigitte por la cintura—. Con quien estás enfadada es conmigo.

—¡Es él quien se ha metido en una conversación donde nadie le ha llamado!

—Eso es verdad —aceptó Número Uno—. Pero también es verdad que Frank tiene razón, mi amor. Aunque siempre hago lo que tú deseas, en esta ocasión sabes perfectamente que no lo haré. He decidido que no tienes necesidad alguna de molestarte en

llevarme al aeropuerto, y eso zanja la cuestión. Si tu pie ya está perfectamente, me alegro, pero mi decisión sigue siendo la misma.

—Te aseguro que mi pie está bien de verdad —murmuró ella.

—Estupendo. Pero mañana todavía estará mejor, así que hoy también descansarás. En cuanto a Frankie, se ha ofrecido a llevarme, y estaría feo que ahora no utilizásemos sus amables servicios… ¿No es así, Frank?

—¡Zambomba, claro que es así! —Gruñó Minello—. Y les advierto a los dos una cosa: el avión no espera a nadie…, aunque ese alguien sea Número Uno. Así que empiezo a sacar las maletas del apartamento. Hasta luego, Brigitte.

Cogiendo parte del reducido equipaje de Número Uno, Frank Minello salió del salón del apartamento de Brigitte, dejando sola a ésta con Número Uno, que todavía la tenía abrazada.

En silencio ahora, se miraban fijamente a los ojos. Negros los de Número Uno, azul cielo los de Brigitte Montfort, pero ambos expresando el mismo intenso amor. Habían pasado juntos unas semanas inolvidables, como siempre. Ahora, él, simplemente volvía a Malta, a su Villa Tartaruga, donde en tantas ocasiones, también juntos, habían vivido sus maravillosos días de amor.

—Y por otra parte —susurró Número Uno—, volveré pronto, pues como siempre, pasaremos juntos la Navidad y el día de Año Nuevo.

—Por lo poco que falta bien podrías quedarte —susurró Brigitte.

—Ya viste el telegrama de Enrico: tengo que resolver algunas cosas en Roma. Bueno, se me está ocurriendo que quizá prefieras que Número Uno no acuda a la llamada de sus amigos…

—¡Sabes que nunca te pediría eso!

—Claro que lo sé. Del mismo modo que yo nunca te he pedido que dejases de acudir en ayuda de tus Simones.

Ella rodeó el cuello de él con los brazos, por fin, y lo besó en la boca. Peggy apareció a los pocos segundos en la puerta de salón, para avisar de que Frankie estaba esperando ya con el ascensor en el piso veintisiete, pero permaneció silenciosa, mirándolos.

Nunca saldría de su asombro la rubita Peggy, la fiel ama de llaves de Brigitte Baby Montfort. Sabía mejor que nadie cuánto se amaban Brigitte y Número Uno, así que nunca comprendería aquellas despedidas. ¿Por qué despedirse, si podían estar siempre

juntos? Claro que los dos eran espías…

¡Oh, sí, y qué espías! Cuando Brigitte contaba las cosas que hacía Número Uno dejaba a Peggy con la boca abierta, convencida de que no podía haber en el mundo otro hombre tan valiente, audaz e inteligente como Número Uno. ¿Y qué decir de ella, de la señorita, de la agente Baby? ¡Poco bien sabía Peggy que era la espía más astuta y peligrosa del mundo…!

Frank Minello apareció junto a Peggy, con gesto apresurado.

—¡Zambomba, Uno, que va a perder el avión…! —exclamó.

El beso terminó, lentamente. Y entonces sucedió otra de las cosas que dejaban siempre estupefacta a Peggy: simplemente, sin más palabras ni más nada, Número Uno se apartó de Brigitte, agarró su maleta, se dirigió hacia la puerta y salió sin volver la cabeza, dirigiéndole a ella un gesto que casi era una sonrisa.

—Hasta pronto, Peggy.

—Adiós, señor. Feliz viaje.

—¡Brigitte, ya vuelvo! —gritó Minello—. ¡En cuanto este tipo haya tomado el avión vuelvo aquí para cenar contigo a solas!

Brigitte no contestó a la vieja broma con que Frank Minello intentaba, por supuesto en vano, despertar los celos de Número Uno. Se sentó en el centro del sofá, y encendió un cigarrillo. Peggy esperó a oír cerrarse la puerta del apartamento, y entró en el salón.

—Frankie tardará bastante en volver del Kennedy, señorita, pero ¡vaya si volverá! Quiero decir que supongo que querrá cenar en casa, no salir por ahí.

—No saldría esta noche por nada del mundo —murmuró la divina espía—. Cenaremos los tres juntos, Peggy.

—¿Quiere que le sirva un aperitivo ahora?

—No, no. Es demasiado pronto. Esperaremos a Frankie… Me parece que voy a meterme en el despacho a terminar el artículo para el Morning… Sí, eso me distraerá.

—Muy bien, señorita.

Minutos más tarde, en su despacho privado en el piso veintisiete del Crystal Building, en plena Quinta Avenida de Nueva York, estaba en funciones la periodista Brigitte Montfort. De momento la superespía no existía. Quien estaba tecleando a la máquina de escribir era, simplemente, la señorita Montfort, Premio Pulitzer de Periodismo…

Y tan absorta se hallaba en su trabajo periodístico que se sobresaltó de veras cuando, de pronto, se dio cuenta de que no estaba sola en el despacho. Alzó la mirada hacia la puerta, y exclamó:

—¡Tío Charlie!

—Buenas tardes, Brigitte.

—¡Zambomba, qué susto me ha dado! Ni siquiera he oído… ¿Qué pasa? —Se envaró de pronto.

Conocía muy bien aquella expresión de Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA, es decir, su jefe directo, el hombre que años atrás la lanzara al espionaje internacional con un éxito sin precedentes en la historia del espionaje mundial: jamás había habido ni seguramente jamás habría una espía de la categoría de Brigitte Baby Montfort.

—Bueno, no hay motivos para alarmarse en exceso todavía —murmuró Pitzer, entrando en el despacho y ocupando un sillón—, pero el hecho cierto es que nos ha desaparecido un hombre… Uno de sus Simones, se entiende.

Brigitte perdió por completo su interés hacia el artículo que estaba escribiendo.

—¿Dónde ha sucedido eso? —susurró.

—En Washington.

—¿En Washington? —se asombró Brigitte—. ¿Ha desaparecido un agente de la CIA en Washington?

—Así es. Pero la cosa está mucho más complicada allá. Ignoramos si la desaparición de nuestro hombre está relacionada con una serie de cosas inquietantes que han ocurrido en la capital, pero… Bueno, digamos que todo forma un conjunto que quizá merezca la intervención de usted.

—Aunque sólo se tratase de investigar esa desaparición ya partiría hacia Washington inmediatamente. ¿Qué ha ocurrido?

—Hablemos en primer lugar de nuestro hombre —Pitzer sacó un sobre de un bolsillo interior, y de él una fotografía—… Dadas las circunstancias, y puesto que sé perfectamente que usted lo va a buscar, debe conocer su rostro, y creo que hasta su nombre. Se llama… o se llamaba Brian Dunlop. Éste es su rostro.

Brigitte tomó la fotografía de Brian Dunlop. Como era de esperar, vio un rostro enérgico, más bien atractivo, que no podía

tener más de treinta y cinco años. Ojos claros, cabellos rubio oscuro, boca grande y firme, expresión decidida, hermética.

—Visto —murmuró Brigitte, devolviendo la fotografía—. Naturalmente, puesto que usted lo ha llamado Simón, entiendo que Brian Dunlop pertenece al Grupo de Acción.

—Naturalmente. Y de los buenos. Estaba en Washington descansando unos días. Habitualmente, trabaja en Centro y Suramérica, y siempre ha sabido hacer muy bien las cosas. Bueno, hablemos ahora de otro personaje. Un personaje que, sin ánimo de ofenderla en su cariño hacia los muchachos de la CIA, es mucho más relevante que éstos en el campo del espionaje. Ya hemos hablado varias veces en los últimos tiempos de ese personaje, ese agente de la MVD que, como usted, trabaja utilizando un seudónimo… ¿Le digo quién es o lo ha adivinado?

Los delicados labios de Baby se plegaron un instante en un duro gesto que no sorprendió en absoluto a Pitzer.

—¿«Volk»? —susurró la divina espía.

—Exactamente. El incontrolable, inapresable, imprevisible agente soviético Volk: el más peligroso lobo de la camada rusa[1]. ¿Le gustaría conocerlo?

—¿Hemos conseguido fotografías de él? —exclamó Brigitte, no poco excitada.

Pitzer asintió, sacando del sobre otra fotografía. Brigitte la tomó rápidamente. En la fotografía había tres hombres, conversando. Dos de ellos escuchaban al tercero.

—¿El que está hablando es Volk? —susurró Brigitte.

—Sí. Los otros dos son agentes vulgares de la MVD, ya sabe, de los tolerados debido a ese… amable intercambio entre los rusos y nosotros. Sus nombres son Semion Tamiroff e Igor Achenko. Tenga esta otra fotografía: hemos ampliado el rostro de Volk.

En la nueva fotografía, Brigitte pudo ver mucho mejor al famoso y peligrosísimo agente ruso Volk. Por supuesto, en los laboratorios fotográficos de la CIA habían hecho un trabajo magnífico: de una fotografía obtenida con teleobjetivo habían hecho una ampliación parcial que parecía poco menos que una foto de estudio.

El famoso Volk parecía tener unos cuarenta años, y su rostro expresaba una notable inteligencia, así como un carácter firme. Era atractivo, de facciones un tanto angulosas, boca grande, mentón

poderoso, cejas espesas. Sus cabellos eran negros, y sus ojos parecían del mismo color; al menos, eran oscuros.

—Sí —susurró Brigitte—, parece un hombre de cuidado. ¿Cómo hemos conseguido al fin esta foto de él?

—Igor Achenko y Semion Tamiroff estaban… cortésmente vigilados por los nuestros, claro está. Volk les salió al paso ayer por la tarde, estuvo conversando con ellos, y se despidieron. Como los nuestros ya conocían a Tamiroff y Achenko, se desentendieron de ellos y fueron en pos de Volk, aunque, claro está, todavía no sabían que era él. Bien, lo cierto es que Volk, simplemente, se les convirtió en humo, lo perdieron. Entonces, nuestros muchachos pasaron consulta, advirtiendo a la Central de que el hombre que había hablado con Achenko y Tamiroff no tenía nada de vulgar, que parecía alguien importante, y que, más que posiblemente, estaban tramando algo. La Central autorizó a los nuestros para detener, por fin, a Tamiroff y Achenko, aunque del modo más discreto posible, sin darle al asunto excesiva importancia. Así pues, como los nuestros sabían dónde encontrar a Tamiroff y Achenko fueron allá y los detuvieron. Tamiroff y Achenko habían hablado con alguien por teléfono, era evidente, pero eso fue todo lo que pudieron sacarles, de momento. Posteriormente, durante buena parte de la noche los estuvieron presionando, y por fin, como era de esperar, los rusos se dieron por vencidos, al comprender lo mala que era su situación. Fue entonces cuando dijeron que el hombre que había hablado con ellos era Volk.

Pitzer dejó de hablar, sacó su pipa, y la incrustó entre los dientes. Brigitte, simplemente, esperaba.

—Preguntados qué habían hablado con Volk —prosiguió el jefe del Sector New York de la CIA—, Achenko y Tamiroff dijeron que simplemente Volk les había pedido ayuda para salir de Estados Unidos hacia Cuba. Y como temía que si recurría a otros agentes de la MVD en Miami las cosas se les pusieran difíciles a dichos agentes si estaban identificados por la CIA allí, los había elegido a ellos para que se trasladasen a Miami discretamente, se procurasen una lancha, y le esperasen en el Beach Hotel de Miami Beach dos días más tarde…

—¿Significa eso que Volk llegará por sus medios a Miami dentro de veinticuatro horas?

—Así parece. Y por supuesto, irá a reunirse con Tamiroff y Achenko al Beach Hotel de Miami Beach. Pero, claro, Tamiroff y Achenko no estarán allí.

—¿Y debo estar yo?

—Quizás. Pero espere, que las cosas están mucho, muchísimo más complicadas. Bien, tenemos entonces que sabemos que Volk irá a Miami dentro de veinticuatro horas. Tenemos a Tamiroff y Achenko, que sólo pudieron comunicarse con su jefe por teléfono pidiendo instrucciones definitivas sobre si debían obedecer o no a Volk, ya que no lo conocían de antes, ni estaban dispuestos a hacer nada sin la autorización de ese jefe desconocido. Lamentablemente, nuestros hombres llegaron un poco demasiado pronto, es decir, antes de que Tamiroff y Achenko, que estaban esperando en su apartamento, recibiesen una respuesta. Claro está, los nuestros se quedaron en el apartamento a la espera de la llamada del jefe de ambos con una respuesta. Cuando sonó el teléfono, uno de ellos contestó… Inmediatamente, al otro lado colgaron… ¿Qué le pasa?

—¿Cómo es posible que a veces se hagan las cosas tan mal?

—Bueno, querida, no todos los espías del mundo son como Número Uno, o como usted, o como Volk. Paciencia. En fin, así fueron las cosas. Pero teníamos a dos agentes rusos y conocíamos ya el rostro del fantasmal Lobo ruso. Naturalmente, Tamiroff y Achenko fueron interrogados a fondo, pero convencieron a los nuestros de que no sabían de Volk más de lo que habían dicho.

—¿Ni siquiera sabían qué hacía Volk en Washington?

—No, no lo sabían. Pero nosotros sí lo sabemos ahora. En estos momentos Volk debe de estar camino de Miami, para desde allí navegar hacia Cuba. Mientras tanto, esta mañana ha asesinado al diplomático ruso Eugen Smolenko cuando éste salía del avión que le había trasladado desde París al aeropuerto Foster Dulles de Washington… ¿Sorprendida?

—Sorprendida es poco —susurró Brigitte—… ¿He entendido bien? ¿Volk ha asesinado a un diplomático ruso que llegó esta mañana a los Estados Unidos?

—Ha entendido perfectamente, claro está.

—Y luego ha escapado de nuevo.

—Nos las estamos viendo con Volk, nada menos, no olvide esto, Brigitte. Sin ánimo de herir su vanidad, Volk es algo así como una

Baby…, en masculino, claro.

—No me ofende usted, ni hiere mi vanidad —dijo fríamente Baby Montfort—. Pero puedo asegurarle que la carrera de ese Lobo solitario está llegando a su final, ahora que conozco su rostro. Dígame una cosa: ¿cómo saben que ha sido Volk quien ha matado a ese diplomático ruso?

—Fue visto en el aeropuerto, en una camioneta. Esto lo supieron más tarde nuestros muchachos de allá. En el aeropuerto, esperando a Eugen Smolenko, había unos diplomáticos rusos, un agente de escasa importancia de la MVD llamado Daniel Bolkin, y dos agentes de la CIA. Todos se estaban aburriendo de lo lindo, pues la misión no era como para darles una condecoración: esperar a un nuevo diplomático ruso. Por fin llega éste, sale del avión a la plataforma rodante, y le parten el corazón de un balazo. El diplomático cae rodando a la pista por la escalinata de la plataforma, se arma un alboroto tremendo, los diplomáticos rusos que le esperaban y el agente de la MVD corren hacia él, nuestros dos hombres hacen lo mismo… El caos. Finalmente, Daniel Bolkin se esfuma discretamente, y los dos diplomáticos que esperaban a Eugen Smolenko se dan a conocer, apelan a sus derechos diplomáticos, y, claro, se llevan a Smolenko a la Embajada rusa. A Smolenko y el portafolios que éste traía, claro. No, no tenemos ni idea de lo que podía contener ese portafolios, pero hemos interpretado que nada importante, pues en ese caso Volk no habría matado de ese modo a Smolenko, sino arreglándoselas para recuperar ese portafolios. Por otra parte, las noticias que tenemos de Eugen Smolenko no lo definen precisamente como un hombre de talento: era un diplomático mediocre. Muy bien relacionado en Moscú, eso sí, pero mediocre. Venía por primera vez a Estados Unidos.

—¿Hay algún indicio que permita suponer que traía algo que estaba dispuesto a vendernos, que traicionaba a Rusia…, y que ésta pudo encargar a Volk que eliminase a Smolenko?

—No hay ningún indicio en ese sentido. Pero claro está, es facilísimo suponer que si la MVD ordenó a su Lobo que eliminase a Eugen Smolenko debía de tener sus muy buenos y sólidos motivos.

—Desde luego.

—Volvamos a Volk. De momento, todo el mundo estaba desconcertado en el aeropuerto, claro, pero después los nuestros

efectuaron una rápida investigación en el lugar. Y, finalmente, encontraron a tres empleados del aeropuerto que habían visto a Volk por allí…

—¿Quiere decir que los nuestros intuyeron que Volk había tenido algo que ver con lo sucedido, y que fueron mostrando su fotografía?

—Exactamente. Como ve, no siempre se trabaja mal. Y a veces, incluso hay suerte. Sí, Volk fue identificado por las fotografías. Tres empleados del aeropuerto lo habían visto por allí. Dijeron que el hombre de la fotografía había estado en las pistas, con una camioneta de servicios y ataviado con un «mono» de empleado. Para nosotros, la cosa está clara: Volk consiguió el «mono» y la camioneta, esperó dentro de ésta la llegada de Eugen Smolenko provisto de prismáticos y de un rifle con mira telescópica; cuando Smolenko apareció en la puerta del avión, le metió una bala en el corazón, se alejó con la camioneta, dejó ésta y el «mono» por allí, y se marchó. Y ahora, lógicamente, está camino de Miami. Buen trabajo, ¿verdad?

—Debo admitir que profesionalmente ha sido perfecto —murmuró Brigitte—. ¿Qué dicen los señores de la Embajada rusa? Supongo que la cosa está muy tensa… ¿O se les ha informado de que ha sido Volk quien ha asesinado a su propio compatriota diplomático?

—Claro que no hemos hecho semejante cosa, de momento. Ni tampoco les hemos informado de que tenemos a Tamiroff y Achenko…, aunque esto deben de sospecharlo ya a estas alturas, por supuesto.

—Sí… Deben de sospecharlo. Sobre todo, después de que el jefe de Tamiroff y Achenko los llamó para darles instrucciones y no los encontró. Muy bien, tenemos ese intrigante trabajo de Volk, al que dedicaremos nuestra atención más distinguida. Pero ¿qué me dice de mi Simón, del agente Brian Dunlop? ¿Encaja en esto de alguna manera?

—No. Según la Central, en absoluto. Como le he dicho, Brian Dunlop es experto en asuntos latinos, no en rusos. Así que no parece que exista relación alguna entre lo sucedido con Smolenko y la desaparición de Brian Dunlop. Sin embargo, está ocurriendo en Washington algo que tiene intrigado a todo nuestro personal de

allá: cada hora, alguien utiliza una radio de bolsillo de las nuestras para llamar, y cuando algunos agentes atienden esa llamada no reciben mensaje alguno; simplemente, la persona que está utilizando esa radio corta el contacto. Una hora más tarde, vuelve a llamar. Y de nuevo llama otra hora más tarde.

—¿Desde cuándo sucede esto? ¿Desde antes de la desaparición de Brian Dunlop?

—No —sonrió secamente Pitzer—. Precisamente, esas misteriosas llamadas comenzaron a producirse después de que Brian Dunlop desapareciese.

—Eso puede significar que alguien está utilizando su radio de bolsillo para hacer esas llamadas.

—Sí, en efecto. Pero si la persona que está utilizando la radio de Dunlop hace esas llamadas, ¿por qué no habla cuando los nuestros aceptan el contacto?

—¿No ha dicho nada en ningún momento?

—Nada en absoluto. Llama, escucha la petición de los nuestros de que se identifique y exponga sus deseos, y corta el contacto acto seguido. Una hora más tarde, vuelve a llamar. Y lo mismo.

—¿Hay alguna posibilidad de que sea el propio Dunlop quien esté haciendo eso?

—Nadie tiene la menor idea al respecto.

Brigitte quedó pensativa durante un par de minutos, observada amablemente por Charles Alan Pitzer, el cual, como siempre, jugaba su gran carta: la agente Baby. La experiencia había enseñado a Pitzer que, por intrincado que fuese todo aquel asunto estaba contemplando a la persona capaz de resolverlo.

Así que estaba preparado cuando, por fin, Brigitte dijo:

—Quiero ver a esos dos prisioneros rusos, tío Charlie. ¿Podemos disponer inmediatamente del helicóptero?

Pitzer señaló con un dedo hacia el techo.

—Nos están esperando ya en la azotea. Y en la Central todo está preparado para que usted empiece a trabajar.

Capítulo II

Igor Achenko y Semion Tamiroff, que hasta entonces habían estado alojados en cuartos diferentes en la Central de la CIA, se miraron, mohínos, cuando fueron reunidos en otro cuarto diferente, y dejados solos. Más que mohínos, estaban sombríos. Habían sido detenidos, interrogados, y habían dicho más de lo que la MVD podría tolerarles. Pero ¿qué otra cosa se podía hacer? Hasta entonces, todo había sido como un juego amable, pero las amabilidades habían terminado. Claro que, en cuanto la MVD se enterase de su detención, procedería a detener a dos hombres de la CIA en Moscú, o en cualquier otra parte, y se iniciarían las gestiones para el canje, pero ya nunca sería lo mismo: habían sido detenidos y habían hablado.

Mala suerte.

Tras mirarse, ambos se sentaron en sendos sillones. Aquel cuarto era una confortable salita, con televisión, bar, librería, buenas alfombras. Un ambiente acogedor muy americano. Pero, naturalmente, en alguna parte de tan confortable lugar había micrófonos, y hasta seguramente sistema de televisión. No se engañaban: sabían que los estaban viendo, y que oirían todo cuanto dijeran. Pero ya, ¿qué importaba?

Cuando, pocos minutos más tarde, la puerta se abrió, los dos rusos miraron hacia allí, con inevitable expresión de alarma en su rostro. ¿Qué seguiría ahora? ¿Qué pretendían de ellos todavía? ¿Por qué los habían reunido?

Se quedaron mirando, asombrados, a la anciana de simpático y amable gesto que entró en el saloncito, y que tras cerrar la puerta fue a sentarse en el centro del sofá. Sólo entonces los miró, sonriente. Amablemente. Casi afectuosamente. Era en todos los sentidos una muy notable anciana. Distinguida, muy bien vestida de negro, cabellos blancos, chispeantes ojos azules tras los redondos

cristales de sus gafas. Llevaba un bastón con empuñadura de plata, en el cual había apoyado ambas manos. Unas hermosas, elegantes, bien cuidadas manos…

—Camarada Igor, camarada Semion —comenzó a hablar la anciana en perfecto ruso—, espero que no les hayan tratado demasiado mal en este siniestro lugar. ¿Se encuentran bien?

Ninguno de los dos contestó. Pero era evidente que estaban perfectamente. Los tiempos de las brutales torturas habían pasado…, a menos, claro, que los detenidos se pusieran tercos, lo que no había sido el caso de ellos dos. Era una idiotez hacerse torturar para acabar diciéndolo todo tarde o temprano.

—Supongo que debo interpretar su silencio como afirmativo. Vamos, levanten el ánimo, todo terminará bien. Han hecho lo lógico, lo razonable, lo mismo que habría hecho yo, o cualquier otro espía. ¿Les apetece un *whisky*? ¿Vodka, quizá? Si lo desean pueden servirse.

La anciana señaló hacia el bar. Tamiroff y Achenko la miraban fijamente, inmóviles.

—¿Qué quiere usted? —murmuró por fin Tamiroff—. Ya les hemos dicho todo cuanto sabemos.

—Les creo. Pero siempre es agradable conversar con dos camaradas.

—Déjese de tonterías. ¿Pretende hacernos creer que es usted rusa?

—Claro que no —rió la anciana—. Estoy hablando en ruso como una amable deferencia hacia ustedes, eso es todo. No intento en modo alguno engañarles. Soy norteamericana, y trabajo con la CIA de un modo más bien frecuente. En definitiva: somos colegas. Hasta es posible que hayan ustedes oído hablar de mí: soy Baby.

Los dos rusos se irguieron vivamente, respingando, mientras en sus ojos aparecía un destello de interés y, acto seguido, de duda. Incluso de desconfianza.

Permanecieron en silencio.

—Comprendo que duden de mi personalidad —dijo la anciana—, pero espero que a su vez comprendan que mi aspecto es debido a un disfraz. En realidad —sonrió de nuevo— soy joven y muy bonita, pero háganse cargo: no puedo presentarme ante ustedes con mi verdadero aspecto antes de dejarlos marchar. Sería una

imprudencia, ¿verdad?

En los rostros de ambos rusos hubo una crispación.

—¿Dejarnos marchar? —susurró Semion Tamiroff.

—Así es. Vamos a evitarnos todos las molestias y tonterías de un canje, si les parece bien. Y de paso, evitaré molestias a dos de mis Simones, ya sea en Moscú o en cualquier otra parte del mundo. Por otra parte, ustedes no han hecho nada malo, espero. ¿O sí?

—¿Qué entiende usted por algo malo?

—Asesinar, por ejemplo. ¿Lo han hecho?

—No.

—Espléndido. Mis compañeros me dicen que no saben ustedes nada sobre el asesinato de su diplomático Eugen Smolenko. ¿Es así?

—Sí, así es.

—Bien. Y en definitiva, todo lo que saben de Volk es que éste les pidió que se trasladasen a Miami para prepararle la fuga desde allí a Cuba. ¿Correcto?

—Sí.

—Sin embargo, nosotros tenemos la certeza casi absoluta de que fue su Lobo quien mató a Smolenko. ¿De verdad no saben nada de esto?

—No.

La anciana abrió su maletín forrado de raso negro, sacó una fotografía, y la tendió hacia los rusos.

—¿Es este el hombre que estuvo hablando con ustedes ayer por la tarde, el hombre que dijo ser Volk?

Achenko se puso en pie, se acercó, tomó la fotografía, y asintió. Baby le tendió la ampliación, y de nuevo asintió Achenko.

—Sí, es él.

—Perfecto. Hablemos ahora de uno de mis muchachos, un Simón que desapareció ayer por la mañana. ¿Tampoco saben nada de esto?

—En absoluto.

—De acuerdo. Otra pregunta: ¿habían recibido ustedes instrucciones especiales sobre Eugen Smolenko?

—¿Instrucciones especiales? ¿Qué quiere decir?

—¿Tenían que vigilarlo a su llegada a Estados Unidos, o algo así?

—Claro que no.

—Haré la pregunta de otra manera: ¿Smolenko llegaba normalmente a Estados Unidos, es decir, para ocupar un puesto en la Embajada, o bien venía huyendo de algo o de alguien desde Rusia o desde Europa?

Los dos rusos estaban atónitos. Se miraron, y Baby comprendió que casi ni siquiera la estaban entendiendo.

—¿De qué había de huir? —preguntó por fin Tamiroff.

—Eso pregunto yo —sonrió la anciana.

—Pues nosotros no tenemos ni idea sobre todo eso. Para nosotros, Smolenko era un nuevo agregado a la Embajada, eso es todo. Uno de los nuestros debía ir al aeropuerto a verlo llegar. Pura rutina.

—Sí, lo sé. El compañero de ustedes que estaba en el aeropuerto es Daniel Bolkin. Tuvo el buen sentido de desaparecer cuando comprendió que la cosa iba a complicarse mucho. Apruebo su gesto. Nuestros respectivos diplomáticos están conversando sobre el asesinato de Eugen Smolenko, así que dejaremos que los diplomáticos se ocupen de sus cosas y nosotros nos ocuparemos de las nuestras. En mi caso, me interesa exclusivamente encontrar a mi compañero desaparecido y también a Volk. Ya sabemos dónde estará Volk mañana. ¿Seguro que no saben ustedes dónde está mi Simón?

—Seguro. Díganos una cosa: ¿se va a meter usted con El Lobo?

—¿Les parece mal?

—Nosotros admiramos y respetamos mucho a Baby —dijo lentamente Achenko—, pero como es natural considerando que estamos en bandos opuestos, nos gustaría mucho que fuese… retirada de la circulación.

—¿Muerta? —sonrió la anciana—. ¿Les gustaría que me matasen?

—Bueno… La verdad es que no, pues sabemos algunas de las cosas que ha estado usted haciendo, favoreciendo no pocas veces a desdichados de tercera categoría como nosotros. Nos bastaría que desapareciese del mundo del espionaje. Pero, si usted va en busca de El Lobo, él la matará.

Tras los redondos lentes, los azules ojos de la anciana se movieron con simpática vivacidad de uno a otro espía ruso, observándolos durante unos segundos.

De pronto, se puso en pie.

—Les agradezco su advertencia —dijo amablemente—. Me gustaría mucho poder dejarlos marchar ahora mismo, pero comprendan que eso no es posible, pues ustedes se apresurarían a avisar a Volk de que voy a Miami a por él. No obstante, en cuanto haya terminado con El Lobo me comunicaré con la Central para que les dejen marchar, sin más complicaciones. Mientras tanto seguirán aquí como invitados personales míos, lo que significa —sonrió— que serán atendidos magníficamente. Cualquier cosa que deseen, pídanla.

—¿No más interrogatorios?

—No vale la pena. Cuando regresen a Moscú, pídanles a sus jefes que no se enfaden demasiado con ustedes…, y preséntenles mis disculpas por haberles privado de los servicios de Volk. Buena suerte, colegas.

La puerta batió suavemente tras la anciana. Afuera, en el pasillo, esperaban dos agentes de la CIA, con los que cambió una cariñosa sonrisa.

—Trátenlos bien —dijo.

—¿Hasta qué punto? —sonrió un Simón.

—Hasta el punto en que a mí me gustaría que los tratasen los rusos a ustedes.

Caminó pasillo adelante, pero sólo unos pocos pasos, hasta una puerta situada en el mismo lado que la del saloncito que acababa de abandonar. Empujó la puerta y entró en otro saloncito parecido al anterior, aunque bastante más grande. Allí, varios hombres estaban esperando, mirando la pantalla de televisión en la que aparecían Semion Tamiroff e Igor Achenko en el otro saloncito.

Pero dejaron de mirar la pantalla, y todos miraron a la anciana, que cerró la puerta, miró la pantalla, y sonrió.

—No saben nada, así que recuerden: cuando yo les avise, los dejarán marchar.

Había seis hombres en el saloncito. Dos de ellos, Pitzer y *Mr*. Cavanagh, éste jefe del Grupo de Acción Mundial de la CIA y amigo predilecto y personal de Baby, asintieron. Los otros cuatro permanecieron en silencio. Tres de ellos, porque sabían que era una tontería discutir una decisión de la agente Baby, por muy altos que fuesen sus cargos (y lo eran) dentro de la CIA; y porque además,

ellos no tenían nada que decir mientras estuviese presente el Director de la CIA en persona, que era el cuarto hombre silencioso.

Y fue el Director de la CIA quien contestó, por fin:

—Esperemos que podamos complacerla cuando llegue el momento, señorita Montfort. Mientras tanto, debo recordarle que hay en Washington una considerable cantidad de personas importantes intentando que el asesinato de Eugen Smolenko no ocasione serias dificultades diplomáticas.

—Arreglaremos eso muy pronto.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Iré a decirles a los rusos que a Smolenko lo ha matado El Lobo.

—Eso es innecesario: ellos lo saben, puesto que encargaron a ese Lobo del asesinato. Por supuesto, habrán tenido sus buenas razones para hacer matar a ese diplomático suyo. Quizá, precisamente, provocar esto, tensión en Washington.

—¿Cree usted que los rusos han sacrificado a Smolenko utilizando a su Lobo sólo para crear esta tensión diplomática?

—¿Le parece imposible?

—Imposible, no. Pero hay muchos otros métodos para originar una tensión diplomática. Tanto los rusos como nosotros somos capaces de cualquier canallada, pero sólo cuando no hay más remedio. Así que si han hecho matar a Smolenko ha sido por algo con mucho más fundamento que la creación de una tensión diplomática.

—¿Por ejemplo?

—Pronto se lo preguntaré a Volk. ¿Cuánto falta para que se produzca la llamada de la radio que suponemos pertenece a Brian Dunlop?

—Cinco o seis minutos —dijo Cavanagh, tras mirar su reloj—. La última se produjo poco antes de que usted y Pitzer llegaran.

—Bien. Mientras esperamos quiero concertar una entrevista con algún ruso adecuado. Supongo que hay alguno en Washington.

—Como es natural, los que conocemos nosotros son de los tolerados, pero debe de haber otros más… eficaces, que no conocemos.

—Muy bien, recurriremos a ese muchacho llamado Daniel Bolkin, el que estaba en el aeropuerto, para que informe a su jefe

desconocido de que Baby solicita una entrevista. ¿Quiere llamar a un par de Simones, por favor, señor?

Cavanagh asintió, pulsó una tecla de un intercomunicador, y pidió la inmediata presencia de dos agentes. Sólo entonces habló de nuevo el Director de la CIA, sonriendo un tanto ceñudamente.

—Aunque ya estamos acostumbrados a la… genialidad de sus procedimientos, señorita Montfort, convendrá en que es natural que nos parezcan un tanto… sorprendentes.

—Se lo parecen a usted, que no me conoce hace tanto tiempo como estos caballeros —miró a los otros tres, sonriente—… ¿No es así, señores?

Los tres sonrieron, y uno de ellos replicó:

—Ya sabe usted que, por lo que a nosotros respecta, hace mucho tiempo que tiene carta blanca, señorita Montfort. De todos modos, el Director tiene un poquito de razón, ¿no cree?

—Además —añadió otro—, es lógico que el Director se preocupe ante la idea de que puedan tenderle a usted una trampa.

—¡Oh, vamos…! —rechazó Brigitte.

No tuvo tiempo de decir nada más, porque sonó la llamada a la puerta. Cavanagh abrió, y entraron dos agentes de la CIA, que enseguida miraron sonrientes a la anciana, Cavanagh la señaló.

—Baby tiene un pequeño trabajo para ustedes, así que desde este momento quedan relevados de cualquier otro servicio.

—Sí señor.

—Hola, abuelita —saludó el otro.

—Hola, nietecitos —rió la anciana—. Bien, van a ir ustedes a Washington, buscarán a Daniel Bolkin, y le dirán que solicito una entrevista personal con alguien de la categoría suficiente para que pueda entenderse conmigo. Por favor, nada de gente áspera ni mal educada. ¿Entendido?

—Claro. Aunque dudamos que tengan alguien con suficiente categoría para entrevistarse con usted.

—Eso es un halago —dijo el otro Simón.

—Tengo unos nietecitos muy simpáticos —sonrió Baby—. Ya me han entendido, queridos. La cita será a las diez en punto de la mañana, en The Mall, paseando entre el Monumento a Washington y el Sylvan Theater. ¿Comprendido?

—¡Eso es una barbaridad! —saltó el Director de la CIA—. ¡A las

diez de la mañana, a plena luz, en pleno parque…!

Calló bruscamente.

La pequeña radio de bolsillo colocada sobre una mesita estaba emitiendo su zumbido de llamada. Pero nadie la tocó, pues nada más llegar a la Central casi una hora antes Brigitte Montfort había dicho bien claramente que sería ella y sólo ella quien contestaría a la próxima llamada.

Y así lo hizo.

—¿Sí? —invitó—. Adelante.

—¿Baby? —Sonó la voz masculina.

—Sí. ¿Es usted, Simón?

—No soy Simón. Pero por su bien, escuche atentamente mis palabras: emergencia 06-19. ¿Comprendido?

—Claro que no. ¿Qué quiere decir?

—Ya la he advertido. No puedo hacer más.

—Sí puede. Puede, por ejemplo, decirme quién es usted.

—Escuche —habló ahora en ruso el desconocido—, he hecho lo de Smolenko y la he avisado, no me pida más. Repito: emergencia 06-19. Allá usted si prefiere quedarse. Yo he esperado para advertirla, y con esto termina mi trabajo. Adiós.

La comunicación se cortó. Brigitte Montfort se quedó mirando la pequeña radio que sostenía ante su rostro. La cerró, la dejó sobre la mesita, y tras parpadear miró a Pitzer, con expresión desconcertada.

—¿Ha entendido usted algo, tío Charlie? —murmuró.

—Sí —susurró el veterano espía—… Se diría que ha estado usted conversando con Volk.

—Eso me ha parecido, al oírle decir que ha hecho lo de Smolenko, pero… no he comprendido lo demás. ¿Qué es eso de emergencia 06-19?

—No lo sé —Pitzer miró a Cavanagh—. ¿Y usted?

—Tampoco —negó Cavanagh—. Pero indudablemente es una expresión con clave.

—A ver si lo entiendo —murmuró el Director de la CIA—: ¿están ustedes diciendo que ese Volk se ha dirigido a Baby con una expresión cifrada?

—Bueno… Así parece, señor —casi tartamudeó Cavanagh.

—Muy bien, en ese caso todo lo que tenemos que hacer es recurrir a nuestras computadoras para que nos descifren esa clave.

Y luego, sería conveniente saber cómo ha llegado a conocimiento de ese ruso. Pero procedamos con orden —se volvió hacia uno de sus acompañantes—… Stanton, llame a Control y pregunte qué significado tiene la expresión «emergencia 0619».

—Sí señor —se dirigió Stanton hacia uno de los teléfonos.

Todos miraban a la anciana, cuyo desconcierto era por demás evidente. Stanton llamó por los servidos telefónicos interiores a Control, y solicitó en nombre del Director el desciframiento de la frase «emergencia 06-19». Cuando colgó el auricular, murmuró:

—No tenemos esa expresión cifrada en Control. Para nosotros no significa nada absolutamente.

Los dos Simones estaban pálidos, y miraban con expresión desorbitada a la anciana. Cavanagh y Pitzer tenían el ceño fruncido.

El Director de la CIA y los otros tres hombres miraban a Brigitte como aturdidos. Por fin, el Director susurró:

—Según parece, Baby, esa clave sólo está en conocimiento de usted…, y de Volk, claro. ¿Puede hacernos alguna aclaración al respecto?

—Lo siento, pero no —negó la anciana.

—¿No? Seamos razonables… ¿Debemos creer que Volk le ha dicho algo que no significa nada para usted?

—Así es.

—¿No le parece que eso es demasiado fantástico? Analicemos rápidamente los hechos: Volk viene a Estados Unidos, mata a un diplomático ruso, y luego se queda esperando que usted llegue a Washington para decirle que se ha producido la emergencia 06-19, y que tras advertirla de eso considera que su trabajo ha terminado. Es evidente, además, o al menos así me lo parece a mí, que ha sido Volk quien ha estado utilizando la radio de Brian Dunlop, y que, por tanto, o tiene retenido a éste o lo ha matado. Y todo eso, sólo para poder comunicarse con usted en cuanto acudiera a Washington al saber que uno de sus Simones había desaparecido, para decirle a usted que se ha producido la emergencia 06-19… ¿Todo esto no tiene significado para usted?

—No.

—Pues para mí sí.

—En ese caso, sea tan amable de sacarnos a todos de dudas.

Todas las miradas convergieron de nuevo en el Director de la

CIA, que estaba ahora tan pálido como los Simones, como todos, incluidos Pitzer y Cavanagh.

—Francamente —jadeó el Director—, no me atrevo a decir lo que pienso, a pesar de que sé que lo estamos pensando todos.

—En ese caso, sigamos trabajando a la espera de que los hechos se vayan aclarando. Volviendo a lo de mi entrevista con un ruso de suficiente nivel para…

—No habrá tal entrevista. Es innecesaria, puesto que los rusos tienen que saber que Volk ha matado a Eugen Smolenko. Lo contrario no tendría sentido.

—Está bien —aceptó Baby—. En ese caso, me prepararé para estar mañana en Miami, a fin de cazar a Volk.

El Director de la CIA se pasó las manos por la cara.

—No sé cómo decirle esto —susurró—… Bien, supongo que puedo decirlo de este modo: está usted invitada por tiempo indefinido a permanecer aquí, en la Central de la CIA, sin poder salir para nada y sin poder comunicarse absolutamente con nadie, tanto del interior como del exterior…

—Usted no puede hacer eso —dijo Pitzer.

—Puedo hacer eso y mucho más, señor Pitzer.

—En ese caso, señor, cuente usted con mi dimisión inmediata.

—Y con la mía —dijo Cavanagh.

—Muy bien, caballeros, sus dimisiones están aceptadas. Ya no pertenecen a la CIA. Pero de todos modos, no saldrán de aquí. Ni tampoco lo hará Baby. Ni nadie de los que estamos aquí en este momento. Ninguno de nosotros se comunicará absolutamente con nadie, ya que no tengo la menor intención de permitir que se corra la voz de que nuestra admirada, idolatrada Baby dispone de frases claves para comunicarse con el servicio secreto ruso. ¿Me he explicado bien?

Capítulo III

La magnitud del significado de las palabras del Director de la CIA era sencillamente espantosa. Por eso, causó en todos unos escalofríos la sonrisa inesperada de la anciana, y, sobre todo, sus palabras:

—Se ha explicado usted muy bien, señor, pero debo decirle que su decisión es muy tardía. En estos momentos, algunas docenas de Simones están enterados de la conversación entre Volk y yo, ya que, naturalmente, cuando Volk ha llamado yo no he sido la única que ha admitido la llamada. Así pues, en la misma onda que Volk y yo han estado a la escucha unos cuantos agentes de la CIA tanto aquí en la Central, como en Washington, y, en definitiva, en unas cincuenta millas a la redonda. ¿Está esto claro para ustedes?

—Dios bendito —gimió uno de los consejeros, dejándose caer en un sillón.

—Todo esto es una locura —gruñó Cavanagh—. La sola idea de admitir la posibilidad de que Baby tenga algo que ver con el servicio secreto ruso es ya delirio total.

—¿Me permite usted recordarle —deslizó el Director de la CIA— que ya no es nadie aquí, Cavanagh?

Éste palideció de nuevo. Pitzer farfulló algo, se sentó en un sillón, sacó su pipa y casi se la clavó en la boca. Los dos agentes llamados poco antes parecían estatuas. En la pantalla del televisor, los prisioneros rusos Tamiroff y Achenko se veían perfectamente, bebiendo *whisky* y sosteniendo una conversación que ya no interesaba absolutamente a nadie.

—Bueno —dijo festivamente Baby—, ya que nadie va a poder salir de aquí, al menos pongámonos cómodos, señores. ¿Se me permite sentarme, señor Director? ¿O van a comenzar ya las torturas para hacerme confesar mi traición?

—Su sentido del humor es muy inoportuno, francamente.

—Lo siento muchísimo —la anciana se sentó en un sillón, y miró de nuevo irónicamente al Director—... ¿Y fumar? ¿Se me permite fumar, señor Director?

Sin contestar, éste se dejó caer en el sofá, y quedó pensativo, con la mirada fija en el techo.

La anciana abrió su maletín forrado de raso negro, sacó un paquete de cigarrillos, y encendió uno. Luego, sacó un espejito, y se miró en él. Hizo un gracioso gesto de disgusto, sacó la barrita de carmín, y se retocó ligeramente los labios...

Los dos Simones la miraban como fascinados. La anciana se sonrió a sí misma en el espejo, y dijo:

—Se puede ser vieja, pero no descuidar el buen aspecto... Nunca he comprendido cómo es posible que algunas personas mayores se descuiden.

El Director le dirigió una mirada entre colérica y deprimida, pero no dijo nada. La anciana se dio un poquito de maquillaje en los pómulos, y se contempló críticamente.

—Me parece que me he puesto demasiado maquillaje... ¿Qué opina usted, tío Charlie?

—Sí, un poco.

—Vaya por Dios...

Brigitte rebuscó en su maletín, y sacó una compresa de gasa; una simple compresa de gasa, al parecer, con la que retiró un poco de maquillaje de sus pómulos. Acto seguido, miró de nuevo a Pitzer el cual asintió con un gesto que sólo Brigitte pudo captar. La divina espía miró entonces a Cavanagh, que la contemplaba conteniendo una dura sonrisita en sus delgados labios. Y también Cavanagh asintió, y fue a sentarse.

Brigitte miró a los dos Simones.

—Siéntense, por favor. ¡Me están poniendo nerviosa ahí de pie, tan altos! Se lo ruego: siéntense. —Los dos agentes de la CIA obedecieron, y entonces Brigitte sonrió—. Bien, parece que todo está ahora en orden.

—Un momento —pidió Pitzer—: mi pipa.

Se guardó la pipa. Excepto Cavanagh, los demás no entendían nada de nada. Y ya no tuvieron tiempo de entenderlo... Brigitte se colocó ante la boca y la nariz la compresa de gasa, apretándola con la mano derecha. Con la izquierda, que había tenido dentro del

maletín, tiró al centro del saloncito una pequeña ampolla de gas narcótico, la duración de cuyos efectos era de dos horas como mínimo.

Se durmieron todos inmediatamente. Durante quince segundos la anciana mantuvo ante su boca y nariz la compresa. Luego, tranquilamente, la guardó en el maletín, cerró éste, y se puso en pie. Pensándolo mejor, recogió de sobre la mesita la radio utilizada para el contacto con la de Brian Dunlop, y la guardó en el maletín. Miró a Cavanagh y a Pitzer, y, sonriendo ceñudamente, se dirigió hacia la puerta.

Desde allí, tiró un beso con la punta de los dedos a todos los durmientes.

—Felices sueños, queridos.

Salió del saloncito, cerró la puerta, y llamó por señas a uno de los dos Simones que esperaban ante la puerta del otro saloncito. El agente de la CIA casi corrió hacia ella, sonriendo.

—¡Ordéneme algo importante! —pidió.

—Me temo que de momento no podrá ser, Simón —sonrió la anciana—, pero lo tendré en cabeza de turno. De momento, sólo voy a pedirle que se quede ante esta puerta, y que no permita que nadie, absolutamente nadie, moleste al señor Director y a los demás reunidos. Están solventando algo muy importante. ¿De acuerdo?

—Cuente con ello. ¡Aquí no entra ni el Presidente de los Estados Unidos!

—Estupendo. Besos. Y hasta pronto.

Minutos más tarde, la encantadora anciana abandonaba tranquilamente la Central de la todopoderosa CIA en Langley. Un taxista que se disponía a emprender regreso a Washington se mostró encantado de disponer de tan simpática pasajera, que parecía la persona más despreocupada del mundo.

Sin embargo, mientras viajaba hacia Washington, la anciana estaba hondamente preocupada: ¿qué haría ahora Volk con Brian Dunlop?

* * *

En el pequeño y viejo chalé situado fuera de Washington hacia el Norte, el agente de la CIA Simón-Brian Dunlop contemplaba

hoscamente, pero todavía desconcertado, al hombre que le había apresado por sorpresa casi cuarenta horas antes. Un golpe en la cabeza por sorpresa, un empujón, y Brian Dunlop había caído dentro de un coche. Cuando recuperó el conocimiento, estaba atado de pies y manos dentro del coche, y viajaba ya fuera de Washington.

Luego, aquel chalé. Y la permanencia allí con aquel hombre para él desconocido, que hablaba perfectamente el inglés, pero que no le había dado ninguna explicación. Ahora, sabía que el desconocido hablaba también el ruso…, y eso no le gustaba nada. Como no le gustaba nada el hecho de que, finalmente, aquel hombre hubiese hablado con Baby, la cual, como era de esperar, había acudido al lugar donde él, Brian Dunlop, un Simón, había desaparecido. No, no le gustaba el sentido que parecía tener aquella conversación entre el desconocido y la agente Baby… ¡No le gustaba nada!

En realidad, lo único que le gustaba a Brian Dunlop era que, después de tantas horas de disimulado forcejeo, había conseguido soltar casi completamente sus manos sin que el desconocido se diera cuenta. Sólo unos minutos más, y en cuanto aquel tipo se descuidase le iba a dar una buena lección…

Y aquel tipo, que se había guardado la radio y se había puesto un gabán, le estaba mirando ahora con una seca sonrisa en sus delgados labios. Evidentemente, se disponía a salir, es decir, que lo iba a dejar solo en el chalé, con lo que sus posibilidades de escapar aumentaban al ciento por ciento.

Pero… Pero el desconocido metió la mano derecha bajo la ropa, sacó una pistola provista de silenciador, y le apuntó al pecho.

—Mala suerte, americano —dijo—. Mala suerte para ti, pero tengo que hacerlo, pues me temo que sabes demasiado.

—¿Qué va a hacer? —jadeó Dunlop.

—Ésa es una pregunta estúpida. Comprenderás que después de eliminar a Smolenko para que no pudiese delatar a Baby no voy a dejarte vivo a ti.

—¿Delatar a Baby? —Palideció aún más Dunlop—. ¿De qué está hablando, qué quiere decir?

—Ese maldito Smolenko lo ha complicado todo —movió la cabeza el desconocido—… Por fortuna supimos a tiempo sus intenciones, y pude llegar antes que él a Washington. Ya no dirá

nada sobre la buena amistad entre nosotros y Baby. Y tú tampoco dirás nada, americano.

Plop.

El balazo acertó a Brian Dunlop en el pecho, y lo hizo saltar bruscamente, gritando. Luego, cayó hacia atrás con violencia, y quedó tendido de lado, atado a la silla de pies y manos. El desconocido movió la cabeza, guardó la pistola, y salió del chalé.

Como algo lejano, tan lejano que parecía todo de otro mundo, Brian Dunlop oyó el rugir del motor de un automóvil, que acto seguido se fue alejando. Todo quedó en silencio. Ante sus ojos había infinidad de sombras, y dentro de su cuerpo parecía ir extendiéndose un frío que agarrotaba todos sus músculos.

Brian Dunlop cerró los ojos. Sentía zumbidos en los oídos y un angustioso pellizco en el pecho. Algo caliente se deslizaba por su piel, que sentía inusitadamente fría. Recordó, como algo remoto, que sus manos estaban casi libres, y comenzó a moverlas… Cuando terminó de desatarse estaba cubierto de un sudor helado que le parecía una segunda piel paralizante. Su mortecina mirada fue hacia la mesita donde estaba el teléfono.

Comenzó a moverse hacia allí, arrastrándose, y arrastrando la silla, a la que sus pies seguían atados. La cabeza le dio mil vueltas, se sintió como sumergido en agua helada, todo se tornó negro.

Perdió el conocimiento. No supo cuánto tiempo más tarde, lo recuperó. Movió la mano izquierda hacia aquella parte del pecho donde sentía aquel mordisco feroz. Sus dedos presionaron en el boquete. El dolor fue espantoso… Perdió de nuevo el conocimiento. Cuando volvió a recuperarlo tardó bastantes segundos en recordar qué y quién era, qué hacía allí, qué había pasado.

Y todavía tardo varios segundos más en mirar hacia el teléfono, que estaba tan cerca y tan lejos a la vez.

Todos sus pensamientos y sensaciones se convirtieron y se concentraron en una sola idea: tenía que llegar hasta aquel teléfono.

* * *

Colgó el auricular del teléfono, y salió sonriendo de la cabina instalada en Hampshire Avenue, cerca de Washington Circle. Eran poco más de las diez de la noche, una hora adecuada para que una

anciana se retirase a su domicilio. Sólo que la anciana que había estado telefoneando en aquella cabina no tenía domicilio en Washington. Y, en aquellos momentos, ni siquiera tenía amigos. Habían pasado las dos horas, y los durmientes del saloncito de la Central ya debían de estar en marcha, dando órdenes. En breve, docenas de agentes de la CIA iniciarían por todas partes la búsqueda de la simpática anciana de blancos cabellos y que por todo equipo llevaba un maletín forrado de raso negro y un bastón con empuñadura de plata. Demasiado característico todo, sin duda. Era una persona inconfundible. Y los recursos de la CIA eran enormes, lo sabía mejor que nadie.

Así que no podía ir a un hotel, ni al domicilio de ningún amigo, ni recurrir a sus Simones, que, asustados y desconcertados o no, tendrían órdenes de capturarla…

¿Qué podía hacer una pobre anciana como ella sola y acosada en Washington, a pocas millas nada menos que del cuartel general de la CIA?

Pues, la anciana hizo algo que habría sorprendido a la CIA y a cualquiera: se metió en un teatro.

* * *

La cita no fue a las diez de la mañana, sino a las once, y justamente delante del National Historical Museum. Detrás de éste, el Potomac River se deslizaba suavemente, reflejando sus aguas la luminosidad del sol.

Pero allí, frente al Museo de Historia Natural, era donde esperaba el agente soviético. Llevaba un paraguas en la mano derecha y un libro en la izquierda. El paraguas resultaba incongruente con el día, pero el hombrecillo ruso era tan insignificante que ni siquiera haciendo ostentación del paraguas llamaba la atención de nadie. Parecía, allí parado frente al Museo, un profesor al que no le iban demasiado bien las cosas. Debía de medir no más de metro setenta, era algo gordito, de rostro redondo e infantilmente mofletudo, y usaba lentes de montura de acero. Entre cuarenta y cinco y cincuenta años, escasos cabellos tirando a rubios, ojos claros. Su traje estaba bastante nuevo, pero era de confección tirando a barata. Sobre el traje, abierto, un viejo abrigo

que le venía algo grande.

No podía parecer más inofensivo.

Y, sin embargo, la muchacha rubia de ojos verdes le estuvo contemplando atentamente antes de acercarse a él. Ella sabía que bajo la insignificante e inofensiva apariencia del hombrecillo se escondía una personalidad inteligente y cauta, inherente a todo agente secreto de cierta categoría.

De la suficiente categoría como para acudir solo a la cita, conforme a las condiciones. Por más que había mirado la bella muchacha rubia no había podido ver ni «oler» la presencia de más agentes rusos.

Y ella tenía muy buena vista y muy buen olfato.

Así que, finalmente, como quien se dispone a entrar en el Museo, se acercó al hombrecillo. Se detuvo al pasar junto a él, y le miró amablemente.

—Perdone, señor: ¿puede decirme la hora que es?

El hombrecillo la miró. Tras los cristales de sus gafas, los claros ojos destellaron con una chispa de interés.

—Las once en punto, señorita.

—Gracias. Oiga: eso es un paraguas, ¿verdad?

—Sí. Y esto otro, un libro.

—De donde se desprende —sonrió ella— que usted es Cirilo.

—Así es. Y salvo que todo esto sea una inmensa broma, usted es Baby. ¿Es una broma?

—No.

—Muy bien. ¿Entramos en el Museo o prefiere usted pasear?

—Hace un día demasiado hermoso para encerrarse en un museo.

—De acuerdo. Bueno, quiero decirle algo, si me lo permite.

—Por supuesto —asintió la rubia, comenzando a caminar alejándose del Museo—… ¿Qué es ello?

—No se engañe conmigo, por favor. Sé bien que parezco un pobre hombre, pero no es así. Usted ya comprende lo que quiero decir con esto, ¿no es cierto?

—Celebro mucho que hayan enviado a alguien que pueda estar a mi altura —lo miró divertida Baby.

—Tampoco he dicho tanto —sonrió Cirilo, casi rió—… Sólo quería decir que ni soy un pobre tonto ni un cobarde.

—Su personalidad empieza a parecerme gigantesca —rió por fin

la divina espía—. Bueno, Cirilo, vamos a dejarnos de tonterías y hablemos en serio.

—De acuerdo. Entonces, hablemos en primer lugar de usted y de su… sorprendente situación. Desde anoche comenzaron a circular en ciertos ambientes extraordinarios rumores: la CIA anda buscando como loca a una anciana de blancos cabellos. ¿Tiene usted algo que ver con ella?

—Me parece que usted ya ha comprendido que la anciana soy yo, Cirilo.

—Ah. De donde se desprende que la CIA está… persiguiendo a Baby. Admita usted que tengo motivos para sorprenderme.

—Desde luego.

—Sobre todo, porque no parece usted una anciana.

—Lo de anoche era un disfraz. Y esto de ahora también lo es. Le diré cómo hice las cosas para disipar sus dudas en ese sentido, y así podremos hablar de lo importante. Veamos… Yo escapé de la Central de la CIA, y una vez en Washington llamé a su Embajada por teléfono. Pedí contacto con Daniel Bolkin, uno de sus camaradas de la MVD, y tras toda una serie de tonterías, lo conseguí. Le dije a Daniel Bolkin que era Baby, y que era imprescindible que uno de sus compañeros más preparados para… contactos de alto nivel me esperase aquí esta mañana. Finalmente, tras otra serie más de tonterías, la cita quedó acordada…, y aquí estamos los dos.

—Ya. Para estar usted en dificultades con la CIA tiene una gran capacidad de movimientos y de aprovisionamientos… Me refiero a su cambio de disfraz.

—Oh, esto… Bien, después de hablar con Daniel Bolkin me fui a un teatro, esperé a que terminase la función, y le compré a muy buen precio sus ropas a una de las actrices. Me las puse, dejando de ser una anciana, y me fui a un hotel, donde he pasado la noche, con nombre falso, naturalmente. Esta mañana, y ante la eventualidad de que la CIA hubiera llegado a saber de algún modo mi compra de ropas a la actriz, he ido a unos almacenes, donde he comprado ropas diferentes, peluca, zapatos… Y aquí me tiene: ni soy la anciana, ni soy una joven vestida con las ropas de la actriz teatral. ¿Satisfecho?

—Y admirado. Realmente, sus recursos son infinitos. Bien: ¿cuál

va a ser el tema de nuestra conversación?

—El Lobo. O si lo prefiere, Volk… ¿Le interesa?

Capítulo IV

Cirilo estuvo unos segundos con la cabeza vuelta hacia la preciosa rubia, observándola atentamente. Por fin, asintió con un gesto, murmurando:

—Por supuesto que me interesa el tema. Muchísimo.

—Lo comprendo. ¿Conoce usted personalmente a Volk?

—Tal vez.

Baby sacó del bolso comprado aquella mañana la fotografía, y la tendió a Cirilo.

—¿Es éste?

Por un instante, Cirilo apretó los labios. Luego, gruñó:

—¿De dónde demonios han sacado ustedes esta fotografía?

—Sin duda, están ustedes enterados de que les faltan dos hombres en Washington, Cirilo: Semion Tamiroff e Igor Achenko. Los tenemos nosotros.

—Era de temer. Como comprenderá, la MVD no tendrá más remedio que corresponder a su gentileza de invitar a dos de los nuestros invitando por nuestra parte a dos de ustedes a… cambiar impresiones.

—Voy a rogarle que traspase usted mi petición de que dejen en paz a mis Simones. ¿Le parece bien?

—¿Qué me ofrece a cambio?

—Una información exacta sobre todo lo que ha sucedido en Washington en las últimas cuarenta y ocho horas…, incluido el… misterio del asesinato del diplomático Eugen Smolenko. Me pregunto si están ustedes enterados de que a Smolenko lo mató Volk.

El espía ruso soltó un respingo, se detuvo, y se quedó mirando pasmado a Baby. Enseguida, gruñó:

—No diga estupideces.

—No suelo hacerlo. ¿Le parezco una estúpida?

—Lo siento… Perdone. De todos modos, no pretenderá usted que yo crea eso, ¿verdad? ¿Por qué demonios había de matar Volk a Eugen Smolenko?

—Si le parece bien le cuento todo lo que sé, y luego seguimos en este punto.

—Me parece muy bien.

Sin prisa y sin pausa, ordenada y metódicamente, Baby puso al corriente de todo al ruso que se hacía llamar Cirilo. Cuando terminó, el paseo les había llevado a ambos al Rock Creek Potomac Park. Al otro lado de la avenida se veía el río, cuyas aguas estuvo contemplando largamente Cirilo antes de preguntar:

—¿Por qué había de matar Volk a Smolenko?

—Creí que lo había entendido: Eugen Smolenko venía a Estados Unidos con una información que posiblemente pensaba vender a altísimo precio a la CIA. Así que, finalmente enterados de esto, la Dirección de la MVD envió a Volk para que silenciase a Smolenko apenas éste pusiera los pies en Estados Unidos.

—¿Y qué información sería ésa?

—Vamos, Cirilo… ¡Por favor!

—Usted, sin duda, pretende tomarme el pelo, jovencita. Si me atengo a las conclusiones lógicas de todo esto no me queda más remedio que admitir que Smolenko estaba dispuesto a vender a la CIA la información de que usted, la agente Baby, está y ha estado trabajando hace tiempo para nosotros, para los rusos. Y una agente doble de su grandiosa categoría no iba a ser sacrificada por un don nadie como Smolenko, así que… Volk recibió la orden de matarlo cuanto antes. Luego, cuando finalmente fue usted quien contestó a las llanadas efectuadas por la radio de Brian Dunlop, Volk le pasó el mensaje clave con la frase «emergencia 06-19»…, que supongo significa precisamente que usted estaba en peligro, y que había sido o iba a ser descubierta por la CIA como agente doble. ¿He entendido bien?

—Sí.

—Oiga, de veras, ¡no me gusta que me tomen el pelo!

—¿Por qué le parece una tomadura de pelo?

—Demonios… ¡Se ha pasado usted la vida fastidiándonos centenares de veces, y ahora me sale con que está trabajando precisamente para la MVD! Oh, vamos… Ha matado a muchos de

los nuestros, nos ha…

—También he dejado marchar con vida a muchos, Cirilo.

—Sí… Eso es cierto, sí. ¡Pero ha matado a otros! Y si fuese usted una agente doble no habría matado a tantos rusos… Además, ¿cómo habría justificado eso ante el Directorio de la MVD?

—No tenía que justificar nada —dijo fríamente Brigitte Montfort —. Desde el primer momento se convino en que yo tenía carta blanca para matar agentes de la MVD siempre que fuese necesario para mi propia seguridad y mi… buen nombre dentro de la CIA.

—¿Quiere decir que el Directorio de la MVD ha estado aceptando tranquilamente que usted matase agentes rusos sólo para mantenerla a salvo de sospechas de la CIA y que continuase trabajando para nosotros?

—Sí.

—No —jadeó Cirilo—… ¡Maldita sea, no! ¡No!

—Lo siento, pero sí. No sé si es usted capaz de comprender lo que ha significado para la MVD contar con la colaboración secreta de Baby durante todos estos últimos años. Mis servicios han sido siempre valorados en mucho más que los de mil hombres como usted…, dicho sea esto sin ánimo de ofenderle. Así que, como comprenderá, Smolenko no era nadie a mi lado, había que sacrificarlo.

—Hijos de puta… ¡Hijos de puta! Pero no… No puedo creerlo… ¡No quiero creerlo!

—Allá usted. Comprendo su sorpresa y su indignación, naturalmente. Pero comprenderá que a agentes como usted y a otros mucho más importantes no les iban a decir que en realidad Baby trabajaba para la MVD. Habría sido una locura, pues tarde o temprano alguno de ustedes me habría delatado a la CIA. Tiene que comprender que yo he sido hasta ahora la agente más secretísima de la MVD.

—¡No! ¡No!

—No se desespere tanto. Son cosas del espionaje. Para usted y miles de agentes rusos como usted yo he sido siempre su mayor adversario. Tenía que ser así, Cirilo. Pero para un reducido grupo de personas introducidas en el Directorio de la MVD yo he sido desde hace años su mejor agente en todo el mundo. Y es lógico que la MVD no divulgara esto entre sus hombres…, aunque algunos

tuviesen que morir.

—¿Sabe qué le digo? —Casi gritó Cirilo—. ¡Que se pueden ir todos ustedes a la mierda! ¡A la mierda, malditos sean!

—Me parece —sonrió fríamente Brigitte Baby Montfort— que no está usted capacitado para esta entrevista. Por favor, ¿puede pedir que me envíen a alguien de mayor… categoría? Por lo demás, nuestra conversación ha terminado. Adiós, Cirilo…

—Espere… ¡Espere! —Brigitte, que se había alejado unos pasos, volvió la cabeza; el ruso se pasaba un pañuelo por la frente—… Venga aquí, por favor, sigamos hablando.

—Me parece que no vale la pena.

—Quiero seguir hablando con usted… Vuelva, por favor. Y dígame qué quiere, por qué ha pedido esta entrevista… ¿Qué es lo que quiere de mí…, de nosotros?

—Que me ayuden a escapar, naturalmente. Tienen que ayudarme a llegar a Moscú. Y a ser posible, sacar a Volk de Miami. Supongo que esto sí lo sabe usted, que Volk está esperando en Miami esta tarde la ayuda de Tamiroff y Achenko para pasar a Cuba, ya que estos dos compañeros de usted lo avisaron así por teléfono. Eso ya lo sabía usted, ¿no es cierto?

—Sí… Pero también habíamos compréndelo que la CIA, al capturar a Tamiroff y Achenko, lo sabía a su vez. ¡Y Volk debe de estar a punto de caer en una trampa de la CIA en Miami, en ese hotel!

—Indudablemente. Por eso digo que deberíamos ayudarle a escapar, encontrar algún medio de sacarlo de las garras de la CIA. O eso, o…

—¿O qué?

—A la CIA no le consta todavía con plena seguridad que yo haya estado trabajando para ustedes. Pero si capturan vivo a Volk lo sabrán de un modo definitivo.

—¿Quiere decir… que si no podemos ayudar a escapar a Lobo de Miami debemos… eliminarlo?

—Igual que a Smolenko. El Lobo ha hecho su trabajo, Cirilo, pero ahora anda suelto por ahí, y hay que… recogerlo o matarlo.

—¿Y usted me está pidiendo ayuda a mí para que yo organice las cosas de modo que Volk sea eliminado?

—Sí. Y para escapar hacia Moscú.

Estaban cerca de un banco pintado de blanco. Cirilo se sentó, y quedó con la mirada perdida. Brigitte se sentó a su lado, y encendió un cigarrillo.

—Tengo que consultar eso con Moscú —murmuró Cirilo, tras un par de minutos de silencio—. ¡Tengo que consultarlo!

—No hay tiempo. Tenemos que pensar en el modo de llegar a Miami cuanto antes, para prevenir a Volk, o matarlo, si no podemos sacarlo de allí. Si usted inicia ahora una consulta con Moscú pasará demasiado tiempo antes de que una de las pocas personas de allá que sabe la verdad sobre mí pueda ser puesta al corriente de la apurada situación aquí y tomar decisiones adecuadas. No hay tiempo, Cirilo. O arreglamos a partir de ahora mismo nuestro viaje a Miami y mi fuga posterior desde allí, o… deberá usted atenerse a las consecuencias cuando sea llamado a Moscú para responder por negarme su ayuda.

De nuevo se pasó Cirilo el pañuelo por la frente. Hacía un hermoso día, pero, ciertamente, no estaba justificado que el espía ruso sudase.

—Todo esto tiene que ser una trampa de la CIA —jadeó—. ¡Tiene que ser alguna maquiavélica jugada de usted!

—¿Con qué objeto? —sonrió ceñudamente Baby—. ¿Con el de ser llevada a Moscú, al Kremlin?

Cirilo la contemplaba con los ojos muy abiertos. Por fin, dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Llame usted dentro de una hora a la Embajada —susurró—, y pida de nuevo por Daniel Bolkin. Él le dirá lo que vamos a hacer.

—Querrá usted decir —sonrió con fría amabilidad la mejor espía del mundo— que Bolkin escuchará mis instrucciones, Cirilo.

El ruso la miró directamente. Había en sus redondas facciones casi infantiles un gesto incontenible de asco.

—Sí, está bien —aceptó—… De acuerdo.

Se puso en pie, y, sin más, se alejó de la hermosa rubia, que se quedó allí, fumando plácidamente bajo el tibio sol invernal, como si no tuviera nada mejor que hacer en la vida.

* * *

—¿Va a morir? —preguntó Pitzer.

—Hay muchas esperanzas de que viva —replicó el Director de la CIA—. Es un hombre joven y fuerte, y, por fortuna, la bala no le alcanzó en un punto mortal de necesidad. De todos modos, si no hubiera conseguido llegar hasta el teléfono, ahora estaría muerto, en lugar de hallarse instalado y bien atendido en nuestra clínica privada.

—Baby se alegrará de saber eso —susurró Cavanagh.

El Director le dirigió una torva mirada.

—Al parecer, Cavanagh, usted no ha escuchado bien lo que acabo de explicarles. Ateniéndonos a eso, me permito suponer que a Baby le importa bien poco que Brian Dunlop viva o muera.

—Está usted cometiendo un gran error, señor —dijo Pitzer—. Mejor dicho, varios. Y todos ellos, se lo aseguro, enormes, gravísimos. El primero de ellos, que origina los demás, es admitir la posibilidad de que Baby sea una traidora. Yo soy el primero en saber que ella no simpatiza en absoluto con la CIA, y todos sabemos que ha sido censurada por su rebeldía y desobediencia en muchas ocasiones… Pero de ahí a la traición, hay una diferencia sencillamente insalvable. La CIA no le gusta a Baby, pero le guste o no, es el organismo de espionaje de Estados Unidos, y en cierto modo nos protege de las maquinaciones de otros países. Así que si algo no haría jamás Baby sería traicionar a la CIA, lo que sería igual que traicionar a los Estados Unidos.

—Su fe en ella es admirable —replicó secamente el Director—. ¿Qué otros errores estoy cometiendo?

—Haber dado esa orden de búsqueda y captura de ella. Sólo está consiguiendo dificultar el trabajo que en estos momentos debe de estar haciendo Baby.

—Me adhiero absolutamente a las palabras de Pitzer —dijo Cavanagh.

El Director de la CIA se dejó caer en un sillón del saloncito. Era el único que había abandonado éste por unas horas. Y había regresado con noticias en verdad deprimentes: Brian Dunlop había sido hallado, por fin. El agente desaparecido había llamado por teléfono a la CIA en una de sus secretas oficinas en Washington, y había logrado indicar el lugar aproximado donde se hallaba. Casi dos horas más tarde un grupo de agentes lo había encontrado, y una ambulancia lo había llevado directamente a la clínica, donde había

sido intervenido alrededor de las nueve de la noche.

Por la mañana, hacía de eso apenas un par de horas, Brian Dunlop había podido decir algunas palabras, como delirando y bastante incoherentes. Pero todo cuanto había dicho había sido grabado, seguidamente ordenado y analizado, y finalmente comprendido: un hombre que sin duda era ruso le había capturado, había estado intentando comunicar con la agente Baby, y por fin lo había conseguido. La conversación entre ambos, y sobre todo lo que el supuesto ruso le había dicho a Dunlop antes de dispararle, dejaba las cosas bien claras: el supuesto ruso y la agente Baby eran lo que podía definirse como amigos, y el supuesto ruso había dejado bien claro que no podía permitir que ella fuese delatada.

Sí, la cosa estaba clara, y por supuesto Cavanagh y Pitzer así lo habían entendido.

Pero si de algo estaban seguros en la vida los dos veteranos espías era de que Brigitte Baby Montfort jamás sería una traidora. Podía tener un millón de defectos, pero la lealtad hacia los suyos estaba fuera de toda duda para ellos. Es más: ni siquiera aceptaban considerarla por unos segundos.

El Director de la CIA alzó la cabeza de pronto.

—Ustedes —murmuró— sabían que ella iba a utilizar el gas narcótico para escapar de aquí.

—En efecto.

—Eso también es traición.

—Bueno, pues córtenos el cuello —replicó Pitzer.

—¡Ya basta de tonterías! ¡Estamos metidos en el mayor apuro de toda la historia de la CIA! ¿Es que no lo han comprendido? En estos momentos la noticia de la traición de Baby debe de estar extendiéndose por todo el mundo… ¿No pueden comprender esto? ¿No pueden comprender lo que esto significa? ¡Eso va a originar el caos, la desmoralización más absoluta en la CIA a todos los niveles!

—Ella lo arreglará —dijo Pitzer.

El Director soltó un bufido, y encendió un cigarrillo, con gestos nerviosos. Sus tres consejeros y los dos Simones seguían en el saloncito, sobrecogidos por lo que podía llegar a ocasionar todo aquel asunto, que finalmente habían comprendido en toda su extensión.

—Me gustaría saber dónde está ahora —murmuró el Director—.

Naturalmente, no puede ser tan loca como para ir a Miami a reunirse con Volk. Y en cuanto a éste, considerando que Baby ya habrá pasado aviso a los rusos de que sabemos que Volk tenía una cita en Miami con Tamiroff y Achenko, por supuesto que no aparecerá por allí ni en sueños. Lo más probable es que en estos momentos Baby y Volk se hayan encontrado en cualquier lugar del país, y estén esperando que los rusos los pongan en camino hacia Moscú. Pero… ¿desde dónde? ¿Y cómo lo harán? Desde luego, no lo tienen nada fácil, pues más de mil hombres están…

—… Perdiendo el tiempo —dijo Cavanagh, esbozando una sonrisa irónica—, porque Baby irá adonde quiera y cuando quiera. Pregúnteles a ellos, que la conocen mejor que usted hace años.

El Director miró a los tres Consejeros, que asintieron con un gesto.

—¿De modo que están todos convencidos de que ella conseguirá escapar? ¡Muy bien, yo les demostraré lo contrario! De momento, y pese a que no tengo grandes esperanzas en conseguir nada allá, toda Miami y por supuesto el Beach Hotel de Miami Beach están metidos en un cepo del que nadie podrá salir, si es tan loco de ir allá. Y luego está todo el personal movilizado… ¡Baby no irá a ninguna parte!

Pitzer replicó, tranquilamente:

—De nuevo se equivoca usted, señor: Baby irá a cazar al Lobo.

Capítulo V

A las cinco de la tarde menos algunos minutos, la avioneta que había despegado de cierto lugar al sur de Washington poco después del mediodía aterrizaba a unas treinta millas al norte de Miami, y a unas ocho de la pequeña localidad de Pennsuco, tierra adentro, en un desolado paraje de Los Everglades.

El viaje había sido realizado a formidable velocidad, pilotada la avioneta por un agente ruso especializado, llamado urgentemente a cierta localidad de la costa cerca de Washington. La avioneta pertenecía a una pequeña compañía privada de vuelos charter.

Todos los mecanismos rusos, movidos ahora por la espía americana, estaban funcionando a la perfección. No había ningún fallo. La telaraña rusa en la costa este de Estados Unidos estaba trabajando para Baby, ante la creciente inquietud de Cirilo, que había dicho ya varias veces que sabía que de aquello no podía salir de ninguna manera nada bueno para los servicios de la MVD.

Pero allá estaban, a treinta millas de Miami. La avioneta despegó, emprendiendo regreso hacia el norte. Su cometido había finalizado. Y comenzaba el del coche que apareció a los pocos minutos. En este coche iban dos hombres, que permanecieron en el asiento delantero mientras la preciosa rubia de ojos verdes y el regordete Cirilo caminaban hacia el coche. Se acomodaron en el asiento de atrás, y Cirilo dijo:

—Todo está en orden.

El coche partió. El conductor miraba por el retrovisor a la rubia. Su compañero se había vuelto, y la miraba directamente, fijamente. La espía americana le sonrió.

—Chocante situación, ¿no es cierto, camarada?

La mirada del hombre de la MVD se desvió hacia Cirilo.

—¿Realmente es ella? —preguntó.

Cirilo se limitó a soltar un gruñido. El coche alcanzó pronto la

carretera estatal 27, directo hacia Pennsuco. Una milla antes de llegar a esta localidad el conductor detuvo el coche a un lado de la carretera, donde había estacionado un coche vacío, que señaló, mientras el otro tendía las llaves a Cirilo. Éste y Brigitte se apearon, y fueron hacia el otro coche, vulgar y corriente, modesto, matriculado en Florida. Cirilo se sentó ante el volante, y la rubia lo hizo a su lado, colocando sobre sus rodillas un bolso nuevo, más grande que el anterior, y cuyo contenido habría puesto de punta los pelos a cualquiera, pues era el que habitualmente llevaba Brigitte en su maletín, que había quedado abandonado. Demasiado vistoso.

En cinco minutos, se operó otra metamorfosis en Brigitte Montfort: de joven y preciosa rubia pasó a convertirse en una mujer de unos cincuenta años, ojos oscuros, cabellera grisácea, rostro redondeado por los rellenos de espuma de plástico. Junto a ella, Cirilo la miraba sumido en sombrío silencio…, pero sin poder ocultar el destello de interés y admiración en sus claros ojos.

—Muy bien —dijo ella, por fin—: vamos al Beach Hotel.

—Usted se da cuenta, sin duda —murmuró Cirilo, poniendo en marcha el coche—, que esto significa el fin de mi carrera de espía. La CIA estará allí, nos capturará, y, con suerte, dentro de un tiempo yo seré canjeado. Será mi final.

—Le felicito por ello. Pero no se haga ilusiones: la CIA no nos capturará.

—Debo de estar loco para haber pedido continuar en esto. Pero, ¿sabe? —sonrió de pronto como divertido—, ¡esto es algo que ningún espía del mundo que se precie de serlo habría podido rechazar!

—¿Ya no me desprecia? —sonrió Baby.

—Ah, sí, eso sí —murmuró Cirilo—, pero no es obstáculo para que admire su sistema operacional. Y su valor, naturalmente.

—Me gusta su sinceridad, Cirilo. Y no se preocupe por nada: llegaremos al Beach Hotel como un inofensivo matrimonio en vacaciones que quiere descansar unos días de sus hijos y nietecitos, y nadie se fijará en nosotros. A propósito: ¿tiene usted esposa, hijos, nietos…?

—Ni soy tan viejo —gruñó el ruso—, ni jamás se me pasó por la cabeza complicarme de ese modo la vida dedicándome a lo que me dedico. ¿Y usted?

Por toda respuesta, Brigitte Montfort, ahora una mujer de cincuenta años, de cabellos grises y aspecto vulgar en general, se echó a reír.

—Desde luego —masculló Cirilo—, no es valor lo que le falta a usted. Ni audacia, ni astucia… Me entran escalofríos cuando pienso en su plan para sacar a Volk de ese hotel. Yo creo que habría sido más fácil encargar a nuestros hombres de Miami que le hubieran avisado para que él se pusiera a salvo sin esperarla.

—¡De ninguna manera! —protestó Baby—. ¡No pienso perderme tan buena ocasión de presentarle mis respetos al Lobo, Cirilo!

—Si es todo lo listo que he oído decir, Volk no estará en el Beach Hotel.

* * *

Pero, o bien Volk no era tan listo como había oído decir Cirilo o bien tenía tanto o más valor que la propia agente Baby, ya que, nada más entrar ésta y Cirilo en el vestíbulo del hotel, vieron al Lobo.

Inconfundible, exacto a la fotografía tomada en Washington por los agentes de la CIA. Estaba sentado en un sillón, leyendo el Miami Herald, con un cigarrillo en los labios, una pierna cruzada sobre otra. Se hallaba situado de tal modo que veía a todos cuantos entraban en el hotel. Por supuesto, vio a Brigitte y a Cirilo, pero su indiferencia fue manifiesta. Evidentemente, no era una pareja de personas de edad madura lo que el agente ruso estaba esperando, así que continuó la lectura del periódico.

Eran las seis menos siete minutos de la tarde.

Y los problemas comenzaron inmediatamente.

El primero, inicialmente pequeño, se originó cuando el señor John Salters (Cirilo) refunfuñó por haberse dejado la cartera con su documentación en el coche. El segundo, un poco más grave, cuando el botones llegó a la conserjería con las llaves del coche y mirando perplejo al señor y a la señora Salters.

—No hay equipaje alguno en su maletero, señor —dijo el muchacho.

—¿Cómo qué no? —saltó el señor Salters—. ¿Qué tonterías está usted diciendo?

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la señora Salters—. ¡John, ahora recuerdo que cuando Michael iba a poner las cosas en el coche lo llamaron por teléfono!

—¿Y qué quieres decir con eso?

—¡Que luego debió de olvidarse de poner nuestras cosas en el coche! ¡Y nosotros nos fuimos sin acordarnos de nada de eso…! ¡Dios bendito!

—¡Deja en paz a Dios! ¿Lo ves? ¡Te dije que podía hacerlo yo, que no necesitaba que tu hijo se molestase! ¡Ese bobo…!

—¡No hables así de Michael! ¡Eso pudo pasarle a cualquiera, incluso a ti!

—¡Qué demonios me había de pasar a mí!

—Bueno, no te pongas así, querido… ¡Todo tiene arreglo!

—¿Sí? ¡Pues a ver cómo arreglas esto! ¡Y menos mal que el dinero me lo metí en el bolsillo!

El conserje, que miraba de uno a otra, sonriendo con contenida ironía, atendió la llamada telefónica que se produjo en aquel momento. Escuchó, y mirando divertido a la señora Salters le tendió el auricular.

—Señora, una llamada para usted. Bueno, entiendo que es usted la señora Salters, naturalmente.

—Oh, sí… ¡Muchas gracias! ¿Diga? ¡Michael, querido…! ¡Oh, ha sucedido algo terrible, Michael! ¡Nos hemos…!

—Ah. ¡Oh, estupendo, estupendo!

Al otro lado del hilo, el agente ruso que había llamado al Beach Hotel seguía cumpliendo su cometido. Cosas del espionaje: el tal agente ruso era en aquel momento Michael Salters, el hijo del atribulado matrimonio Salters.

—¡No sabes cuánto alivio siento, querido! Sí, sí, no te preocupes, hemos llegado bien, lo demás todo es perfecto. Bueno, papá se ha enfadado un poco, pero ya sabes cómo es, se le pasará enseguida. No te olvides, cariño… Sí. Adiós… Adiós, adiós.

La señora Salters colgó. El señor Salters gruñó:

—¿Qué? ¿Algún milagro?

—¡No seas tan pesado, John! ¿No te dije que todo tenía arreglo? Michael ha esperado a que según sus cálculos estuviésemos aquí, y ha llamado para decirnos que mañana por la mañana tendremos aquí todas nuestras cosas.

—¿Y cómo las va a enviar? ¿Por avión?

—No. Su amigo Bob y su padre tienen que pasar mañana por Miami, y vendrán al hotel a traernos el equipaje. ¿Lo ves? ¡Todo arreglado!

—Siempre y cuando nos acepten sin equipaje ni documentación —refunfuñó todavía el señor Salters, mirando al conserje.

—Claro que sí, señor —asintió éste—. ¿Desean la habitación con vistas a la playa o a Collins Avenue?

—¡A la playa! —saltó la señora Salters—. ¡Tengo tantas ganas de ver el mar hasta cansarme!

—Muy bien —el conserje tendió una llave al botones—. Habitación 403. Acompaña a los señores.

—Yo subiré dentro de un rato —mascculló el señor Salters—. Voy al bar a tomar un trago.

—Pero John…

—¡Pero narices…!

—No tengo ganas de discutir. Hemos venido aquí a pasarlo bien unos días… ¡y ni siquiera tú podrás impedírmelo! Joven, lléveme a mi habitación.

El señor Salters se quedó solo ante el mostrador de la conserjería, enfurruñado. Y en esto no fingía en absoluto, pues tanto él como la señora Salters se habían dado perfecta cuenta de la presencia de la CIA en el vestíbulo del hotel. Y si la CIA estaba en el vestíbulo, estaba en todas partes. El Beach Hotel debía de estar completamente cercado. Muy discretamente, pero el cerco tenía que ser total.

Dos hombres juntos cerca del bar, y otro junto al ascensor, de momento. Éste miró a Brigitte cuando ella pasó por su lado y se metió en el ascensor. Los otros dos parecían no reparar en nada… De reojo, Cirilo miró hacia Volk, que seguía leyendo el periódico.

Eran las seis y dos minutos de la tarde.

Cirilo se acercó a la zona de lectura, y se inclinó sobre la mesita cerca de la cual Volk leía. En la mesita había varias revistas y periódicos, y, mientras seleccionaba entre las primeras, Cirilo murmuró, en ruso:

—Volk: sube a la habitación 403.

El Lobo ni siquiera movió una ceja. Siguió leyendo. Cirilo tomó por fin una de las revistas, y se dirigió hacia el bar. Podían ocurrir

dos cosas. Una: que los tiros empezasen de un momento a otro. Dos: que Baby consiguiese engañar a la CIA. Si así era, Cirilo sólo podía admitir dos cosas. Una, que la agente Baby era realmente admirable. Dos, que, como no había dejado de pensar en todo momento, todo era una jugada maquiavélica preparada por la CIA. Pero si era esto último: ¿qué estaba tramando la CIA?

Las complicaciones siguieron su cauce, pero siempre dentro de lo previsto por Baby. El plan era descabellado y simple. Lo mismo podía ser un fracaso rotundo que un increíble éxito. Pero de momento estaba funcionando bien, y Cirilo lo supo apenas entró en el bar y se sentó ante una mesita: un hombre se acercó, y se sentó frente a él. Cirilo se quedó mirándolo como realmente sorprendido.

—No haga tonterías —susurró el hombre, en ruso—. Mire hacia la puerta.

Cirilo miró hacia la puerta. Allí había ahora una joven pareja de aspecto inofensivo, ella y él mirándole con suma atención, él con la mano derecha dentro del bolsillo de la chaqueta, ella dentro del bolso.

—¿Qué significa…? —Siguió su comedia Cirilo.

—Cállese. Usted ha hablado con Volk, y nosotros nos hemos dado cuenta, eso es todo. ¿Comprendido? Y ahora, no se mueva de aquí, o será eliminado.

El hombre se puso en pie, y salió del bar. Cirilo se pasó la lengua por los labios, y puso las manos sobre la mesa. La pareja no le quitaba el ojo de encima. El hombre de la CIA se reunió en el vestíbulo con los otros dos. En la puerta del hotel aparecieron tres hombres más. El que había hablado con Cirilo señaló con la barbilla a Volk, haciendo acto seguido un gesto afirmativo, y los tres recién aparecidos se acercaron a Volk, que en aquel momento dejaba el periódico y se disponía a ponerse en pie.

—Siga sentado —dijo suavemente uno de los tres—. Y ponga las manos sobre la rodillas, Volk. Despacio.

El apuesto y atlético Volk se quedó mirando fijamente al agente de la CIA. Luego, miró a los otros dos. Desvió la mirada hacia la entrada al bar, y vio a los otros tres… Dejó el periódico por fin, y colocó las manos sobre las rodillas.

—Hay otros dos hombres detrás de usted —dijo el que había hablado antes—: si se mueve le dispararán.

Volk ni siquiera había pestañeado. Su rostro permanecía impasible. Los tres agentes de la CIA que estaban junto al bar se dirigieron hacia el ascensor, entraron en éste, y subieron.

Segundos más tarde salían del ascensor en el cuarto piso. Fueron hacia la puerta 403, uno de ellos quedó delante y los otros dos se colocaron a los lados. El que estaba ante la puerta llamó con los nudillos. Casi enseguida se oyó la voz femenina:

—¿Quién es?

—Volk.

La puerta se abrió. El agente de la CIA tenía ya la pistola en la mano, con la que apuntó a la «señora Salters».

—Retroceda muy despacio —dijo con voz ronca.

La mano le temblaba visiblemente. Brigitte la miró, sonrió apenas, y retrocedió. Los tres hombres entraron en la habitación, y uno de ellos cerró la puerta. El otro se acercó a Brigitte, indeciso y muy pálido.

—Tengo que registrarla —farfulló.

—¿Por qué? ¿Quiénes son ustedes, y qué significa esto?

—¡No nos ponga las cosas más difíciles, Baby! Tenemos abajo ya controlados a su acompañante ruso y a Volk… ¡Por favor, no nos ponga dificultades!

Brigitte sonrió tristemente.

—¿De manera que mis niños ya no me aman? —susurró.

—Se lo ruego —jadeó el agente de la CIA—: ponga las manos sobre la cabeza… ¿Cree que nos gusta lo que estamos haciendo?

Ella no contestó. Puso las manos sobre la cabeza, y el hombre de la CIA la cacheó rápidamente, con movimientos bruscos y tensos. No encontró nada parecido a un arma.

—¿Dónde está su maletín? —preguntó.

—Es el inconveniente de luchar contra mis Simones —dijo Baby —: me conocen demasiado bien. Pero no llevo el maletín… Mis cosas están en el bolso que hay sobre la cama. ¿Hemos encontrado ya a Brian Dunlop?

—Sí.

—¿Vivo? —Se notó el anhelo en la voz de la espía.

—Por el momento, está vivo. Pero Volk le metió una bala en el pecho, así que está en la clínica. Creemos que se salvará. ¡Por el amor de Dios…! ¡Sólo tiene que decirnos que no es cierto lo que se

dice de usted, y nosotros la creeremos! Mírenos a los ojos y díganos que no es cierto lo de usted y los rusos.

—¿Me dejarían marchar si les dijera eso que tanto están deseando oír?

—Escuche, nosotros somos sus Simones, no podemos creer todo eso… Díganos usted personalmente que es mentira, y haremos todo lo que nos mande usted, no la Central.

La dama de edad madura y cabellos grises miró de uno a otro agente de la CIA, que la miraban suplicantes. Sólo uno de ellos seguía sosteniendo la pistola en la mano, pero parecía que el arma le estuviese quemando.

—No tengo nada que decir —murmuró.

—¡Nosotros la creeríamos! ¡Los tres, y todos los que están abajo, dentro y fuera del hotel…! ¡La creeríamos todos!

—No tengo nada que decir, Simón.

—Tiene que ser algún truco de usted —jadeó el espía—… ¡Sé que está preparando algo y no precisamente a favor de los rusos y contra nosotros! ¿Verdad? ¡Seguro que sí! —El espía intentó reír, pero de su boca sólo brotó un sonido ronco, como roto—. ¡Les está preparando alguna trampa a los rusos, ¿no es cierto?!

—No tengo nada que decir.

—Escuche, somos más de treinta hombres rodeando el hotel. Si usted nos dice…

—Déjalo ya —dijo el que sostenía la pistola—: ¿no ves que ella no quiere decirnos nada?

—¡Pero eso es mentira, es mentira…!

—Cálmate. Y sigamos con el juego. Coge el malet… el bolso de ella, y salgamos de aquí. ¡Maldito seas, muévete ya! ¿No ves que esto es lo que ella quiere?

—¿Qué quieres decir…? ¡Y guarda esa pistola de una maldita vez! ¡Ella no va a disparar nunca contra nosotros!

El otro vaciló, y se guardó la pistola. Los tres seguían mirando fijamente a Brigitte, que a su vez los iba mirando, apretados los labios, inexpresivo el rostro. Era una situación tensa, insólita. Por fin, el que había apuntado a Baby murmuró:

—Venga, recoge su bolso y vamos con los demás.

—No podemos hacerle esto a ella —habló por fin el tercero—… ¡No podemos! Baby: ¿qué tenemos que hacer, qué quiere usted que

hagamos? Mire, sólo tengo que utilizar la radio para decirles a los demás que todo está aclarado, que usted no…

—No tengo nada que decir.

Los tres agentes de la CIA suspiraron a la vez, como puestos de acuerdo. Uno de ellos se hizo cargo del bolso de Baby, y se dirigió hacia la puerta, que abrió.

La señora Salters salió de la habitación.

Capítulo VI

Cuando los cuatro aparecieron en el vestíbulo había en éste tantos hombres que, pese a su discreción e indiferencia aparente hacia todo, tenían perplejo al conserje y a otros empleados del hotel. Incluso algunos clientes se estaban dando cuenta, vagamente, de que algo extraño estaba ocurriendo. Pero todo estaba desarrollándose de modo tan suave que nadie sentía inquietud alguna.

—Id a por los coches —mascullÓ el de la pistola—. Y que el ruso del bar venga aquí.

A Brigitte se le señaló un sillón junto al que ocupaba el impávido Volk. Impavidez que desapareció cuando miró a su vecina de asiento, con curiosidad, casi sonriente.

—Hola, ¿cómo está, Baby? —se interesó.

—Según parece —replicó ella—, en apurada situación. Como usted mismo, Volk… Tenía grandes deseos de conocerlo.

—Lo mismo digo. Pero me siento decepcionado… Aunque quizás usted no sea como la estoy viendo. ¿Va disfrazada?

—En efecto.

—Ah, magnífico. Dígame: ¿quién es su acompañante, el gordito con cara de niño?

—Sólo sé de él que se llama Cirilo. De la MVD, naturalmente.

—Ya. Bueno, al parecer ha cometido usted algunos errores.

—¿Usted no?

—No —sonrió ampliamente Volk—, yo no. Ni uno solo.

—Puedo decirle uno, y grande: usted disparó contra Brian Dunlop, ¿verdad?

—Sí, en efecto.

—Pues no lo mató. Está vivo.

Volk frunció el ceño, y no contestó. Por un momento pareció irritado, pero enseguida volvió a sonreír. Cirilo llegó, manso y

mohíno, y se sentó en otro sillón, cerca de Brigitte y Volk. Brigitte miraba con suma atención al Lobo ruso. Alto, atlético, fuerte, inteligente, seguro de sí mismo… Juzgando por la trayectoria profesional de Volk, éste tenía que ser un hombre de mucho cuidado. Pero allá estaba, rodeado de agentes de la CIA.

—Sí —admitió por fin Volk—, parece que cometí un error, al menos. Debí rematar al americano con un balazo en la cabeza.

—Sí, debió hacerlo —deslizó fríamente Brigitte.

—De todos modos, arreglaremos la situación, ¿no es cierto? Quiero decir que supongo que si ha venido usted aquí incluso a sabiendas de que la CIA la estaba buscando es porque ha planeado a la perfección nuestra fuga. ¿Cierto?

—Por supuesto.

—Espléndido. Fíjese en sus Simones: están más muertos que vivos.

—Tienen un gran disgusto, eso es todo. Y es fácil de comprender.

Volk asintió, y miró entonces como divertido a Cirilo, que le contemplaba fijamente, como hipnotizado.

—¿Por qué me miras así, camarada? —sonrió Volk—. ¿Nos conocemos de antes, de alguna otra ocasión?

—Tal vez —susurró Cirilo—… ¿Tú no me recuerdas?

—No —rió Volk—. Pero es natural. ¡Eres muy insignificante, pequeño Cirilo! Aunque debo suponer que si el Servicio te ha colocado en esto junto a Baby debes de ser muy inteligente.

—No tanto como el Lobo.

—¡Buena respuesta! —exclamó Volk, riendo de nuevo—. Me gusta que sea admitida mi superioridad. Veamos, Cirilo: ¿quién crees que puede arreglar esta peligrosa situación en la que nos hallamos los tres? ¿Baby o yo?

—Conozco ya un poco a Baby, pero nunca he trabajado contigo, así que no sé.

—Pero sí sabes que estás con Volk y con Baby, ¿no? Me parece que deberías demostrar tu inteligencia concediendo tu admiración a uno de los dos. Piénsalo: ¿quién te parece que puede arreglar esta situación, ella o yo?

—Por cómo te estás comportando tengo que deducir que esta situación ha sido prevista por ti en todos los detalles, así que… tal

vez debería confiar en tu ingenio más que en el de ella, en esta ocasión.

—Cautelosa respuesta… ¿Qué le ocurre? —Miró de pronto a Brigitte.

—Diría que se acerca un helicóptero —murmuró ella.

—Ah, ¿ya está aquí? Estupendo. Tiene usted un oído muy fino. Bien, creo que podemos marcharnos ya. ¡Les veo muy sorprendidos! —Se echó a reír Volk.

—Quizá sea porque la posibilidad de marcharnos nos parece un tanto remota. ¿No es cierto, Cirilo?

—Es cierto —asintió el regordete Cirilo.

El helicóptero se oía ahora claramente. Algunos agentes de la CIA estaban mirando por el amplio ventanal de acceso a la parte del hotel que daba a la playa y a la piscina. Se veía el tono azulado del mar, al fondo. Afuera, junto a la piscina, habían aparecido varios hombres, que miraban hacia arriba. Todos comprendieron que el helicóptero estaba descendiendo. Volk se puso en pie. Inmediatamente, el cerco pareció endurecerse en torno a él, todas las miradas parecieron atravesarlo.

—Quédese sentado —dijo secamente uno de la CIA.

—¿Quién está dirigiendo esta operación? —preguntó desdeñosamente Volk.

—Yo.

—Muy bien. Escuche esto atentamente, americano: mi camarada gordito, su agente Baby, y yo, nos vamos a ir ahora mismo en ese helicóptero. Si no lo hacemos, las bombas comenzarán a explotar.

—¿Qué bombas?

—Las que unos amigos míos han colocado en este hotel. Hay en total doce bombas, una en cada uno de los diez pisos y las otras dos repartidas entre este vestíbulo y la zona de servicios donde están los empleados del hotel. Si nosotros tres no salimos de este edificio no saldrá nadie. ¿Lo ha entendido?

El agente de la CIA había palidecido.

—Está mintiendo —jadeó.

—No sea estúpido. Tanto Baby como yo hemos tomado nuestras medidas para salir de aquí, y acto seguido de Estados Unidos. Pero no voy a correr el riesgo de que los planes de ella fallen, así que son los míos los que están en marcha. Yo tengo órdenes de llevar viva a

Baby a Moscú, de protegerla hasta entonces, y eso es lo que estoy haciendo. Pero si ni Baby ni yo salimos de aquí en dirección a Cuba nadie saldrá vivo de este edificio. Piénselo bien: en cuestión de segundos puedo derribarlo, y quizá doscientas personas morirían con nosotros. Tiene un minuto a partir del momento en que el helicóptero tome tierra ahí fuera. Si pasado el minuto yo no estoy en el helicóptero, las bombas comenzarán a explotar.

El agente de la CIA miraba entre aterrado e incrédulo a Volk. Afuera, el helicóptero tomó tierra, por fin, siendo inmediatamente rodeado por agentes de la CIA que amenazaron con sus armas al piloto, obligándole a saltar a tierra, sin que el hombre pareciese ni poco ni mucho preocupado.

—El minuto comienza a contar —dijo Volk, fríamente.

El hombre de la CIA miró a Brigitte, que sostuvo inexpresivamente su mirada, como ajena a la angustia del espía.

—Está mintiendo —jadeó éste—… Volk está mintiendo, ¿no es así?

—No lo sé —replicó Brigitte—. Pero yo no me arriesgaría.

—¿Qué haría usted?

—Le diré al menos la que no haría —murmuró Baby—: bajo ningún concepto permitiría que todas las personas que están en este hotel fuesen asesinadas con esa hipotética docena de bombas. Pero si no son hipotéticas, sino reales, todo el edificio se vendrá abajo. Yo, ciertamente, no permitiría semejante cosa.

—¡No puedo dejarles marchar! —se desesperó el hombre—. ¡Y ni siquiera creo que sea cierto eso de las bombas!

Brigitte Montfort no contestó. Ni reaccionó en modo alguno a las miradas que le dirigían los hombres de la CIA, como esperando de ella el milagro.

El dirigente del grupo de la CIA estaba lívido, y al mismo tiempo su frente se había perlado de sudor. Su dilema era terrible: tenía que escoger entre dejar marchar a la traidora agente Baby con los dos rusos o aceptar la responsabilidad de que todo el Beach Hotel se viniera abajo sepultando a doscientas personas o más, incluidos todos ellos.

Volk miró de nuevo su reloj, y dijo:

—Faltan solamente diez segundos.

El hombre de la CIA se pasó una mano por la frente. Miró a

Brigitte. De pronto, pareció que sus hombros se hundieran.

—Está bien —susurro—: márchense.

Brigitte y Cirilo se pusieron en pie, y caminaron en pos de Volk hacia la salida al jardín del hotel. Detrás de ellos fue el agente de la CIA, que hizo señas a sus compañeros del exterior. Éstos le miraron desconcertados, pues nada sabían.

—Dejadlos marchar —ordenó.

—¿Dejarlos marchar? —exclamó uno—. ¡Pero…!

—¡Que los dejéis marchar! —aulló el espía, demudado el rostro —. ¡Han llenado de bombas el hotel!

Su destemplada voz llegó incluso a algunos de los clientes del hotel, que, desconcertados, contemplaban la escena y el helicóptero. Un instante más tarde, se oyó el primer grito de mujer. El agente de la CIA no dio tiempo a más.

—¡Que no se mueva nadie de donde está! —gritó—. ¡No va a ocurrir nada si todos permanecen en sus sitios!

En el silencio que siguió, todos oyeron el rumor del cercano mar. El piloto subió al helicóptero. Detrás de él lo hizo Volk, y acto seguido Brigitte y Cirilo. Las aspas volvieron a girar. En cuestión de segundos el aparato se elevó, y se dirigió hacia el mar.

Pocos minutos después bajo ellos sólo estaba el líquido elemento, de color azul oscuro. Comenzaba a anochecer.

Volk miró con expresión divertida a Brigitte, que sujetaba con ambas manos su bolso, recuperado antes de alejarse de los hombres de la CIA.

—Bueno —rió Volk—, ¿qué le ha parecido?

—Contundente —replicó Brigitte—. Un buen trabajo. Mi única duda está en si realmente el hotel está lleno de bombas.

—Lo está —asintió Volk—. ¿Quiere que ordene que las hagan explotar, como represalia contra el país que ya no la acogerá nunca más?

—No.

—Entonces, dejaremos que los hombres de la CIA las encuentren y las retiren, ya desactivadas. Aunque la verdad es que me habría gustado verlo volar en pedazos… ¡Pum!

Se echó a reír. Cirilo y Brigitte lo miraban inexpresivamente. Volk les ofreció cigarrillos, pero ambos rechazaron la invitación.

—¡Bueno…! Y dígame, Baby: ¿cómo habría escapado usted?

—Sabía que nos detendrían a los tres. Y como quería que nos identificasen a Cirilo y a mí, Cirilo tenía que hablar con usted. Acto seguido, seríamos capturados, y trasladados en coches lejos de aquí. Por el camino, yo habría reventado dos ampollas de gas narcótico que llevo adheridas con esparadrapo a las rodillas, mientras me protegía con una mascarilla especial, igual que Cirilo. Él se haría cargo del coche, yo llamaría por la radio de uno de la CIA a los de los otros coches, y les habría dicho que habíamos controlado a sus compañeros, y que los íbamos a matar si no dejaban de seguirnos. Nos habríamos alejado, habríamos tirado fuera del coche a los agentes dormidos de la CIA, y habríamos continuado un tiempo con su coche, hasta abandonarlo donde nos espera otro, con el cual nos habríamos alejado más. El resto no habría representado graves problemas.

—No está mal… ¡No está mal! De todos modos, lo mío ha sido mejor, ¿no?

—Sólo ha simplificado las cosas.

—¿No es usted demasiado orgullosa?

—Puedo permitirme ser tan orgullosa como usted vanidoso. No olvide una cosa: si usted es Volk, yo soy Baby, nada menos.

—¡Es verdad! —rió Volk—. ¡Aquí, el único bichito insignificante es nuestro pequeño Cirilo! Pero, bueno, no todos vamos a ser seres superiores, ¿verdad? Espero no haberte molestado, pequeño Cirilo.

Éste soltó un refunfuño, y eso fue todo. El helicóptero volaba hacia el sur.

Pero cuando el viaje terminó, no estaban en Cuba.

* * *

El helicóptero aterrizó en la oscuridad, cerca de una casa grande y rodeada de un espeso bosque, y en la que había sólo un par de luces en sendas ventanas. Escasa luz, pero suficiente para que Brigitte distinguiera enseguida, rodeando el helicóptero, no menos de ocho o diez hombres, en cuyas manos relucían los cañones de los rifles.

—¡Salten! —rió Volk—. ¡Les está esperando un amable comité de recepción!

Ni Brigitte ni Cirilo dijeron nada. Saltaron del aparato, en silencio, Brigitte siempre sujetando su bolso. Pero uno de los

hombres armados de rifles se lo quitó enseguida, y otros dos los cachearon rápidamente a ella y a Cirilo. Éste se vio privado de su pistola, y en cuanto a Brigitte, ya la había perdido, pues estaba dentro del bolso.

Volk apareció ante ella, sonriente. Sus blancos dientes relucieron en la casi completa oscuridad.

—Súbase la falda. Y no haga tonterías: hay muchos más hombres a nuestro alrededor.

Brigitte se subió la falda. Volk se arrodilló ante ella, vio el brillo cristalino de las dos pequeñas ampollas de gas, y las retiró cuidadosamente, despegando el esparadrapo de la rodilla de la divina espía.

Volk se irguió, y señaló hacia la casa.

—Vamos allá —ordenó.

—Esto no es Cuba —dijo Cirilo—… Hemos volado primero hacia el sur, luego hacia el oeste, y finalmente hacia el norte… Estamos de nuevo en Estados Unidos.

—¿Eso crees, pequeño Cirilo? —rió Volk.

—Estoy seguro.

—Eres un muchachito listo. —Volk le dio un humillante pescozón, riendo de nuevo—. ¡Venga, camina hacia la casa! ¿O prefieres que te lleve allá de unas cuantas patadas en el culo?

Brigitte, que miraba fríamente a Volk, tomó del brazo a Cirilo, que estaba lívido, y tiró de él hacia la casa. Vieron más hombres, sombras en la oscuridad, todos ellos armados. Sabían que estaban en una quinta alejada no menos de quince millas de cualquier localidad, la última de las cuales la habían visto como una mancha de luces hacia el este antes de aterrizar…

—No entiendo esto —susurró Cirilo—… ¡Nos está tratando como si fuésemos enemigos suyos!

—No hable: va a hacer enfadar a Volk.

Llegaron a la casa. Dentro había más hombres armados. Volk habló con uno de ellos, pero no en ruso, ni en inglés, sino en español. Cirilo miró con expresión desconcertada a Brigitte, que encogió los hombros.

—… juntos en la misma habitación —estaba diciendo Volk—. Así los vigilaremos mejor. Y mucho cuidado, no os fiéis de la mujer en ningún momento. ¿Está claro?

—Sí, sí.

—Avisadme si se presenta cualquier dificultad o problema, por insignificantes que os parezcan. Repito: mucho cuidado con la mujer. Vais a estar vigilando a la agente Baby de la CIA, no lo olvidéis ni un segundo.

—¿Y el otro quién es? —preguntó el hombre.

Volk se echó a reír.

—¡Nadie! —exclamó—. ¡El otro no es nadie!

Volk se dirigió escaleras arriba, hacia el piso destinado a dormitorios, indudablemente. Brigitte había valorado ya debidamente la casa: quienquiera que viviese allí no carecía de dinero, ni mucho menos…

—¿Hablan español? —preguntó el hombre que mandaba el grupo de latinos que apuntaban a Brigitte y a Cirilo con sus armas.

—¿Habla usted español, Cirilo? —preguntó Brigitte, en ruso.

—Solamente un poquito, y creo que muy mal.

—Yo sí hablo español —la espía americana miró al hombre.

—De acuerdo. Yo soy Tadeo. Si necesitan algo, pídanmelo. Pero debo decirle que tengo orden de matarles si intentan salir de su habitación esta noche, o si nos crean algún problema. ¿Desean cenar?

—Naturalmente —asintió Brigitte.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Cirilo.

—Que nos invitan a cenar —sonrió la espía más implacable del mundo.

—Bueno, al menos hay algo que tiene sentido en todo esto. Por lo demás, no entiendo nada. ¿Y usted?

—Me parece que empiezo a entender que alguien nos ha engañado a usted y a mí, Cirilo. O sea, que alguien ha estado tomando el pelo a los señores de la CIA y de la MVD. Pero al menos, cenaremos. Y espero que bien. ¿Tendrán champán?

Había champán, para sorpresa de Cirilo. Media hora más tarde, los dos habían cenado, encerrados en una habitación de la planta baja cuyas ventanas estaban provistas de barrotes de hierro forjado. Mientras cenaban, tres hombres y Tadeo les estuvieron observando en todo momento, pero los dejaron solos al retirar el servicio de la cena.

—Han querido asegurarse de que no nos quedábamos un

cuchillo, o cualquier otra cosa que pudiera servirnos de arma —sonrió Baby—… Espero que podamos dormir tranquilamente. ¿Más champán, Cirilo?

El pequeño ruso, que la miraba cada vez con más simpatía, sonrió, asintiendo.

—¿Sabe una cosa? —murmuró, tendiendo su copa—. Me está empezando a gustar trabajar con usted. Es muy simpática, una agradable compañera, y tiene mucha serenidad. E inteligencia. No sé por qué tengo la sospecha de que usted se había olido algo así desde el principio… ¿Me equivoco?

—No demasiado —sonrió la divina, alzando su copa—. Por los espías que merecen serlo, Cirilo.

—Por los espías —murmuró el ruso, aceptando el brindis.

Bebieron un sorbo cada uno. Brigitte miraba fijamente a Cirilo.

—Dígame una cosa: ¿conocía usted de antes a Volk?

—No, no.

—Ah. Me pareció que sí. No sólo por la conversación que sostuvo con él, como si lo conociera de antes aunque él no se hubiese fijado en usted, sino por cuando le enseñé su fotografía.

Cirilo sonrió como avergonzado.

—Bueno. La verdad es que nunca había visto a Volk, ni siquiera en fotografía, ya que yo no soy precisamente de su grupo, de su… élite de acción dentro de la MVD. Pero no quise admitir que nunca había tenido relaciones con el importantísimo Volk. Me pareció un poco… humillante, Y por otra parte, comprenda que tenía que sorprenderme por el hecho de que la CIA hubiera conseguido fotografiar a Volk, ya que nadie lo había conseguido nunca antes. Y voy a decirle una cosa: no me gusta Volk.

—¿Por qué?

—Le falta clase —gruñó Cirilo.

—Estamos de acuerdo —sonrió Brigitte—. Bueno, es ya muy tarde, así que lo mejor que podemos hacer es descansar unas horas. Espero que no sea usted la clase de hombre que intentaría violar a una mujer, Cirilo.

—¡Claro que no! ¿Por qué dice eso?

—Porque me voy a desnudar —rió Baby—, y no quisiera que se entablase una lucha entre nosotros.

—Qué tontería —masculló el ruso.

Sin embargo, minutos después, cuando Brigitte Montfort quedó completamente desnuda después de quitarse todos los artificios que la convertían en una mujer gorda, Cirilo miraba fijamente el espléndido cuerpo femenino que tenía ante sus ojos. Un cuerpo joven, de piel dorada, elástico, hermosísimo…, que no encajaba en absoluto con el rostro de una mujer de unos cincuenta años y con cabellos grises.

—¿Cree que me reconocería si alguna vez viera mi rostro al natural, Cirilo? —preguntó Brigitte, sonriendo.

—Me temo que no. Pero me bastaría oiría hablar para identificarla en el acto.

—En ese caso, esperemos que cuando los dos salgamos de aquí nunca volvamos a encontrarnos. Buenas noches.

Brigitte se puso solamente la combinación, se metió en una de las camas, y, para pasmo de Cirilo, segundos después dormía profundamente.

O lo parecía, al menos.

Capítulo VII

Parecía un cerdo.

Era alto, fuerte, gordo. Olía a loción cara, y estaba recién afeitado, pero se veía la sombra verde en sus gordas mejillas. Los ojos eran pequeños, vivos, llenos de astucia. Su boca era grande, sus cejas espesas, su nariz pequeña. Era un rostro muy basto, pero con indudable personalidad. Vestía un traje claro de alto precio, con las solapas de terciopelo. En sus manos se veían varias sortijas, como luces en sus gordos dedos.

Los había recibido a ambos en el salón de la planta baja, sentado en un sillón, llenándolo con su enorme trasero. Había en su frente angosta un fruncimiento hostil, mientras sus ojos observaban a la mujer de cabellos grises que le contemplaba en silencio.

En definitiva, el hombre parecía decepcionado.

—De manera que usted es Baby —murmuró.

—Así es, señor Mendoza.

—¡Ah…! ¿Me conoce usted?

—Naturalmente —se sorprendió Brigitte—. Todos aquellos que nos interesamos por el mundo y su marcha sabemos quién es usted: Ignacio Mendoza, ex presidente de Guanamá, ese pequeño país centroamericano del que fue expulsado en la revolución.

—Expulsado, no —susurró Ignacio Mendoza—: la CIA fue la que me «retiró» del poder. Todos sabemos que la revolución que me costó la presidencia estaba patrocinada por la CIA. No oficialmente, claro, ya que oficialmente yo era amigo de los Estados Unidos. Sin embargo, fue la CIA la que lo preparó todo para que yo abandonase mi país y la presidencia.

—No tiene motivos para quejarse.

—¿No? —se sorprendió Mendoza.

—Claro que no. Ocurrió lo menos malo de lo que podía ocurrir. La revolución habría costado miles de muertos si hubiera

continuado adelante. Y usted, como buen guanamano que ama a su pueblo, no hubiese querido eso, ¿verdad?

—Noto en su voz un tono claramente irónico. Y pienso que quizás es debido a que no llegó usted a conocer la verdadera jugada de la CIA.

—¿Usted llegó a conocerla?

—Por supuesto. Me trataron como a un muñeco… Primero me ayudaron a llegar a la presidencia, y luego, cuando no les ofrecí las compensaciones que esperaban de mí, me sacaron de mi país y me trajeron aquí.

—Cuando menos, no puede usted quejarse de la hospitalidad de Estados Unidos. Insisto en que es usted un hombre de suerte. La CIA bien pudo haberme ordenado a mí que lo asesinase, lo que habría sido mucho más simple y definitivo. En lugar de eso, evitaron que la revolución fuese sangrienta y le trajeron aquí como invitado de honor… Está usted en Estados Unidos, a salvo, como huésped amigo. ¿Qué más se puede pedir?

—Muy bien, muy bien —sonrió torcidamente Ignacio Mendoza —. ¿Así que usted cree que la CIA me sacó de Guanamá para… protegerme a mí personalmente y para evitar derramamiento de sangre allá?

—¿No fue por eso?

—¡No! La CIA me trajo a este destierro de oro porque ya no podía servir sus intereses en Centroamérica, y porque la revolución habría perjudicado esos mismos intereses, no para evitar derramamiento de sangre. Era mucho más práctico sacrificarme a mí que iniciar una lucha con los revoltosos de Guanamá, de modo que la CIA me sacó de allí y pactó con los revoltosos… De este modo, Estados Unidos seguía manteniendo allí sus grandes intereses de todas clases. Para Estados Unidos, nada ha cambiado en Guanamá, ya que siguen controlando el país utilizando ahora otros muñecos de paja, sin revoluciones que habrían estropeado sus ganancias económicas en Guanamá y alterado sus dispositivos tácticos, políticos y de espionaje. Gracias a la labor de la CIA, Estados Unidos sigue siendo dueño de Guanamá en todos los sentidos… ¡Y a mí que me parta un rayo!

—Tengo el presentimiento de que muchos guanamanos querrían vivir tan «mal» como está usted viviendo aquí, señor Mendoza.

—Tiene usted la lengua muy suelta.

Brigitte no contestó esta vez.

Naturalmente, Ignacio «Nacho» Mendoza no estaba solo con ella y con Cirilo. Junto a él estaba Volk, sonriendo burlonamente. Y repartidos en el salón, seis hombres más, todos ellos armados, vigilando estrechamente a Brigitte y a Cirilo. Por detrás de Nacho Mendoza llegaba el sol, ya alto, de la mañana invernal. Por uno de los ventanales se veía el denso bosque en cuyo centro estaba la casa.

—Bien —murmuró Mendoza tras unos segundos de silencio—, el hecho cierto es que, tal como me había propuesto, me he vengado de la CIA. Y como lógica consecuencia, muy pronto empezaré a vengarme también de Estados Unidos. ¿Quiere saber cómo?

Brigitte miró un instante a Volk.

—Supongo que Rusia tiene algo que ver en esto —murmuró.

—¿Por qué supone eso?

—Yo diría que es evidente, puesto que ha contado usted con la colaboración del mejor hombre de la MVD.

—¿Qué hombre? —sonrió Mendoza.

—Volk… ¿No?

Ignacio Mendoza se echó a reír. Y Volk hizo lo mismo. La espía americana miró de uno a otro apaciblemente. Cirilo permanecía inmóvil junto a Brigitte, con la mirada fija en el suelo.

—¡Claro que no! —exclamó Mendoza, entre risas—. ¡Usted ya tenía que haber comprendido que este hombre no es Volk!

—¿No? ¿Quién es, entonces?

—Se llama Anton Varikov, y es ruso, eso sí. Y también es un agente de la MVD. Pero… ya no trabaja para la MVD, sino para mí. Es un hombre muy inteligente, que me ayudó a preparar todo el plan. Un plan, espero que eso sí ya lo habrá comprendido usted, destinado inicialmente a conseguir, como primer objetivo, capturar a la agente Baby. Con tal fin, Anton Varikov capturó a un hombre de la CIA… ¿Sabe por qué?

—Eso sí —asintió Brigitte—. El camarada Varikov sabía muy bien que en cuanto desapareciese uno de mis compañeros yo haría acto de presencia.

—Exacto. Anton conocía a algunas personas interesantes en Washington, especialmente a varios de sus compañeros, como Tamiroff y Achenko, por ejemplo. Después de capturar a Brian

Dunlop habló con ellos, sabedor de que la CIA se fijaría en él. Y en el aeropuerto, al matar a Smolenko, se dejó ver, con el fin de ser identificado, y que la CIA presionase a Tamiroff y Achenko para obtener de ellos la información de por qué el supuesto Volk había matado al diplomático ruso… ¿Y sabe usted por qué lo mató?

—Para hacer creer a la CIA que Eugen Smolenko sabía algo que podía decir en Estados Unidos. Algo que la MVD no podía consentir que Smolenko dijera: que yo estaba trabajando para Rusia hacía años. Era una información que a Smolenko le habría valido mucho dinero. Pero dicha información no existía, ya que yo jamás he trabajado para Rusia traicionando a Estados Unidos, así que Smolenko murió por nada, en realidad. Del mismo modo que podría haber muerto por nada mi compañero Brian Dunlop.

—Oh, Brian Dunlop no tenía que morir, claro que no. Anton no quiso matarlo, sólo dar esa impresión. Pero tenía que quedar vivo, para que, posteriormente, informase de que el hombre que le había capturado y que pronto sabría que era Volk, era amigo de Baby… En todo momento todo ha estado destinado a hacer creer a la CIA que usted ha estado trabajando para los rusos…

—Cosa que los rusos negarán —murmuró Brigitte.

—Ni usted misma cree eso que dice —exclamó el falso Volk—: ¡los rusos, lo sé bien, seguirán el juego! ¿Cree que rechazarán la ocasión de asestarle ese golpe a la CIA? ¡Nada menos que Baby trabajando para ellos! ¿De verdad cree que desmentirán eso?

—No —murmuró de nuevo Brigitte—… No lo creo, realmente.

—Así que, en definitiva —prosiguió Ignacio Mendoza—, la CIA está ahora convencida absolutamente de que Baby está camino de Rusia, país para el cual ha estado trabajando desde hace tiempo… ¿Se imagina el trauma que esto debe de estar causando en la CIA, en la Casa Blanca, en el Pentágono… en todos los Estados Unidos?

—Pero sobre todo, en la CIA —intervino de nuevo Anton Varikov—. Dentro de poco, la noticia de la traición de Baby habrá dado la vuelta al mundo…, si no la ha dado ya. Y esto, no sólo causará conmoción en las más altas esferas del Gobierno de Estados Unidos, sino que ocasionará la mayor desmoralización imaginable entre los miles de agentes de la CIA repartidos en todo el mundo. En cuestión de horas (o quizás ha sucedido ya) la CIA será… una bandada de pajarillos asustados, humillados, decepcionados,

desmoralizados al máximo. Inmediatamente, comenzará a cundir la desconfianza a todos los niveles. Todos se preguntarán: ¿qué harán otros personajes si nada menos que la agente Baby ha cometido traición? La idea de que si usted ha cometido traición los demás habrán hecho cosas peores comenzará a asentarse en las mentes de todos. Todos desconfiarán de todos… Los servicios de comunicación de la CIA dejarán de funcionar, cientos de agentes desertarán, miles de ellos se esconderán, y todas sus relaciones con otros servicios de espionaje se verán afectadas. Surgirá la desconfianza hacia la CIA por parte de todos sus aliados, y hasta entre los mismos componentes de la CIA. Pensando en todo cuanto usted habrá estado informando a Rusia sobre los asuntos interiores de la CIA y de los Estados Unidos, todos los países amigos del Tío Sam se replegarán, atemorizados. Todos verán traición en todas partes, nadie confiará en nadie. En cuestión de horas, la CIA no será nada. Y en cuanto a Estados Unidos, va a perder muchas amistades y a tener no pocos problemas de toda clase en el día de hoy… Y entonces, sobre estas ruinas, yo edificaré mi venganza definitiva.

—¿Qué venganza? —susurró Baby.

—La ruina diplomática total de los Estados Unidos de América. En medio de toda esta psicosis producida por la traición de usted, yo comenzaré a hacer contactos con personajes de la alta política yanqui, ofreciéndoles dinero y otra clase de compensaciones a cambio de informaciones de todas clases. Quizás algunos rechazarán mis ofertas, pero la mayoría aceptarán. Si Baby ha cometido traición de una envergadura colosal… ¿qué importancia tendrá que ellos vendan unos pequeños secretos políticos, militares, de espionaje, diplomáticos, económicos…? Muchos pensarán que si usted lo ha hecho, sólo para beneficiarse, también pueden hacerlo ellos… Y entonces, yo comenzaré a organizar mi archivo de informaciones que hasta ahora han permanecido secretas en la Casa Blanca, en el Pentágono, en el FBI, en la CIA, en todos los organismos importantes de Estados Unidos. Y con esas informaciones, que iré vendiendo a los países afectados por ellas, no sólo conseguiré una fortuna incalculable, sino que, finalmente, pondré en la picota de la repulsa internacional a Estados Unidos. Y… ¿quién sabe?, quizás incluso consiga mi último y gran objetivo: provocar un conflicto armado a nivel internacional, un conflicto en

el que todos se sentirían unidos contra uno solo. ¿Sabe quién sería este solitario luchador?

—¿Estados Unidos?

—¡Exactamente, Estados Unidos! ¡Oh, usted no se da cuenta de la grandiosidad de mi plan, todavía no ha podido asimilarlo…! Pero lo hará, lo comprenderá todo muy pronto. Y luego, cuando ya lo haya comprendido, cuando se haya dado plena cuenta del gran caos en que habré hundido a su país, habrá llegado su final. Pero antes, naturalmente, comprenderá que no voy a desaprovechar la gran fuente de auténtica información secretísima que usted representa. Y cuando usted misma me haya facilitado los primeros secretos importantes, me servirán para convencer a otros personajes norteamericanos de que, en efecto, usted ha cometido traición, y que lo mejor que pueden hacer ellos es sacar todo el provecho personal que puedan de la situación. ¿Está todo claro para usted?

—Sí. Pero quizás usted me está concediendo excesiva importancia, señor Mendoza.

—Desde luego que no —dijo Anton Varikov—. Sabemos muy bien que dará resultado. Usted no es sólo una espía, es… mucho más, no sólo para los Estados Unidos, sino para la CIA. No, no es sólo una espía, es… todo un símbolo de eficacia, de lealtad, de integridad, de fidelidad absoluta a su patria y sus amigos. La información de que todo eso ha sido falso desmoronará los más sólidos pilares norteamericanos. Y usted lo sabe.

Brigitte Montfort aspiró profundamente, y desvió su mirada desde Varikov a Mendoza.

—Está bien, señor Mendoza… Podemos hacer un trato.

—¿Un trato? ¿Qué trato?

—Mil millones de dólares para usted a cambio de abandonar todos esos proyectos.

—¿Tiene usted mil millones de dólares? —exclamó Mendoza.

—No, pero puedo tenerlos para usted, a su comodidad, antes de una semana.

—Eso es fantástico —sonrió Mendoza—. Pero yo no salí de mi país convertido en un mendigo, precisamente. Tengo el suficiente dinero para que su oferta no me tiente siquiera. ¿Y para qué quiero más dinero? ¡Prefiero mi venganza! Así que desista de conseguir nada en otro sentido. Y ahora, voy a satisfacer una gran curiosidad

personal: por favor, ¿quiere quitarse de una vez esa ridícula peluca?

—Y cualquier otro artificio —añadió Anton Varikov, recogiendo del suelo el bolso de Brigitte y colocándolo sobre una mesita—. Tenemos una gran curiosidad por saber quién es usted. ¿Nora Tisdale? ¿Lili Connors? ¿Galina Cherkova? ¿Monique Lafrance? ¿Maria Piamonte? Todos estos pasaportes figuran a nombre de usted dentro de este bolso. ¿Cuál de ellas es usted? ¿O todos son falsos y el suyo verdadero no está en el bolso?

—De acuerdo a la lógica —dijo Mendoza—, debería ser usted Lili Connors, pues ése es el único pasaporte norteamericano. Los otros son ingleses, rusos, franceses, italianos… Admirable. Pero ¿quién es usted? Queremos saberlo. Y ahora.

Brigitte Montfort estuvo unos segundos mirando fijamente a Ignacio Nacho Mendoza. De pronto, volvió la cabeza hacia el espía ruso que permanecía silencioso junto a ella.

—Siento dejarle solo en esto, Cirilo —murmuró.

Arrancó un botón de su vestido, y se lo metió en la boca. Su gesto fue tan rápido, tan inesperado, que nadie acertó a reaccionar antes de que Brigitte se hubiera tragado el botón.

Sólo entonces Anton Varikov lanzó una exclamación, y saltó hacia la espía americana.

—¡Maldita seas! —gritó—. ¡Venid a ayudarme, hay que hacerle vomitar lo que…!

Brigitte Montfort se desplomó, rodó por el suelo.

Cirilo retrocedió un paso, y se quedó mirándola como alucinado.

Varikov se dejó caer de rodillas junto a Brigitte, y le dio la vuelta, gritando de nuevo.

—¡Traed…!

No dijo nada más.

Se quedó mirando, demudado el rostro, la ligera espuma de coloración verdosa que apareció por un lado de la boca de Baby, que yacía de espaldas, con la cabeza blandamente caída hacia la derecha. Mendoza acertó por fin a ponerse en pie, y se acercó pesadamente, pálido.

—¿Qué pasa? —jadeó—. ¿Ha muerto?

Anton Varikov deslizó una mano bajo la ropa de Brigitte, colocando directamente su mano sobre el seno izquierdo. Estuvo así unos segundos antes de murmurar:

—No… Todavía no. Pero no tardará mucho: su corazón se está deteniendo.

—¡Tenemos que…!

—Es inútil —Varikov señaló la espuma verde en la boca de la divina espía—… No hay nada que hacer: ha ingerido cianuro. Morirá en cuestión de minutos, de segundos quizás.

Mendoza se puso en pie, se acercó al bolso de Brigitte, y sacó los cinco pasaportes mencionados.

Los fue mirando lentamente. En cada uno de ellos aparecía la fotografía de un rostro que, en líneas generales, se parecía al de la mujer que, tendida en el suelo, estaba muriendo rápidamente; pero en una fotografía aparecía de rubia y cabello corto, en la otra con el cabello largo, en otra con el cabello negro, en otra tirando a pelirrojo… ¿Cuál de ellas era? ¿Cuál?

—Quítale la peluca —susurró.

—¿Qué más da? —Gruñó Varikov, incorporándose—: ya ha muerto.

Capítulo VIII

Todos los hombres allí reunidos se quedaron mirando a Brigitte, tendida en el suelo. La luz del sol daba una coloración claramente verdosa a la espuma que había en un lado de su boca. Pareció que la situación fuese a eternizarse, hasta que Mendoza gruñó:

—Sacadla de aquí. Enterradla en el bosque, y asunto terminado… Luis, Alejo, id vosotros a enterrarla. ¡Al demonio! No importa que haya muerto, nuestros planes seguirán adelante, Anton… ¿O acaso nos era imprescindible tenerla viva unos días?

—Habría sido mejor —encogió los hombros Varikov—, pero no tiene demasiada importancia. Creerán que está en Rusia, eso es todo. Por lo demás, podemos seguir adelante, naturalmente.

—Bien —la mirada de Mendoza se clavó de pronto en el petrificado Cirilo—… ¿Y éste que mierda hace aquí? ¿Nos sirve para algo?

—No —sonrió divertido Varikov—, para nada en absoluto.

—Pues matadlo y enterradlo con ella.

Anton Varikov le guiñó un ojo al asustado Cirilo.

—Ya has oído, pequeño Cirilo —dijo festivamente—. Vamos a tener que prescindir de tu simpática compañía…

—¿Puedo… hablar contigo a solas? —suplicó en ruso Cirilo.

—¿A solas? ¿Por qué? ¿Qué tienes que decirme?

—Te interesa escucharme a solas, camarada Varikov.

—¿Qué estáis hablando? —masculló Mendoza—. Quiero que habléis en español, o en inglés. ¡Nada de ruso!

—El pequeño Cirilo no habla español —le disculpó Varikov amablemente—. Y al dirigirse a mí sabiendo que soy ruso, como él, ha hablado instintivamente en ruso. Nada importante. Yo me encargo de él. Acompáñame, pequeño Cirilo.

En aquel momento salían del salón Alejo y Luis, llevando entre ambos a Brigitte, sujetándola uno por los tobillos y otro por las

axilas. Cirilo miró el rostro de la espía americana, y desvió la mirada, sombrío el gesto. La cabeza de Brigitte oscilaba suavemente a efectos de la marcha. Todavía, en el vestíbulo, Cirilo volvió la cabeza hacia la puerta. Uno de los hombres de vigilancia allí la había abierto, y Luis y Alejo salieron con Baby.

—Ha sido una lástima, ¿verdad? —comentó Varikov, colocando amistosamente una mano en el pescuezo de Cirilo, y empujándolo burlonamente—. Una espía de su categoría merecía una muerte… más digna, incluso digamos más… espectacular. ¿No estás de acuerdo?

—Ha muerto —encogió los hombros Cirilo—: eso es todo.

—Sí… Eso es todo. Bien, ¿qué tienes que decirme? ¿Vas a suplicarme por tu vida?

—Tengo algo que ofrecerte a cambio de ella, camarada. Pero quiero que estemos solos.

—Muy bien. Vamos a vuestro cuarto.

Entraron pocos segundos después. Anton Varikov cerró la puerta, se volvió hacia Cirilo, frunció el ceño, y comenzó a sacar su pistola provista de silenciador.

—Tienes quince segundos para…

El puntapié en los testículos le acertó de lleno. Pero no fue propiamente y solamente un puntapié, sino que el agudo estilete que había aparecido en la punta del zapato de Cirilo se hundió en la carne con escalofriante fuerza. Anton Varikov desorbitó los ojos, emitiendo un suspiro entrecortado, y dejando caer la pistola mientras se inclinaba hacia delante… Los dedos índice y corazón de la mano derecha de Cirilo, rígidos, se hundieron en sus ojos, de abajo a arriba, y el alarido que comenzaba a brotar de la boca de Varikov quedó ahogado por el siguiente y espantoso golpe en un lado del cuello con los dedos, también rígidos, de la otra mano de Cirilo.

Anton Varikov cayó de lado al suelo, demudado el rostro, como ahogándose, casi fuera de las órbitas los ojos.

En un instante, Cirilo saltó sobre él, ágil y seguro como un gato, y se las arregló para colocarse a su espalda y pasar las piernas por las sangrantes ingles del falso Volk, mientras la muñeca apretaba su garganta. La mano derecha de Cirilo se desplazó hacia su reloj de pulsera, que llevaba en la muñeca izquierda. Sus dedos tomaron la

ruedecita de la cuerda, tiraron de ella, y el fino alambre apareció. Cirilo deslizó su muñeca izquierda hacia el hombro izquierdo de Varikov, de modo que el fino alambre de acero se incrustó en la garganta de éste.

—Conque pequeño Cirilo —jadeó Cirilo—... Ahora vas a ver lo que sabe hacer el pequeño Cirilo. Pequeño Cirilo, ¿eh?

Anton Varikov no veía nada, pues el golpe en los ojos, si bien no había conseguido reventárselos, le había privado de la visión. Si hubiera continuado con vida quizá la lesión habría podido superarse... pero Anton Varikov no continuó con vida.

Tras él, el «pequeño Cirilo» tiraba con inaudita fuerza del alambre, que cortó la piel y la carne, y se hundió, dejando entonces visible una delgada raya roja. La sangre comenzó a deslizarse por la garganta de Anton Varikov, que ya no podía gritar, ni hacer nada. Le dolían los ojos, el bajo vientre, y sobre todo, sentía un penetrante frío en el cuello... Como si ya estuviese en otro mundo, oía tras él el jadeo de Cirilo, que seguía aferrado a él como un gato taimado y cruel, seguro de su victoria.

—¿Y ahora? —jadeó junto a un oído de Varikov—. ¿Te parezco gracioso e insignificante ahora? ¿Qué me dices ahora del pequeño Cirilo, qué me dices?

El corazón de Anton Varikov, simplemente, se paró.

* * *

—Es una lástima que se haya suicidado —dijo Alejo—, pero de todos modos es vieja, así que no habríamos podido disfrutar con ella.

—Pues a mí me parece que no es tan vieja como aparenta —dijo Luis—. Fíjate en sus piernas. ¿Qué te parecen?

Alejo, que se había inclinado un poco para dejar al mismo tiempo que Luis a Brigitte en el suelo, entre unos pinos, miró las piernas, que se veían hasta medio muslo. Pareció sorprendido.

—Es verdad... Tiene unas piernas muy hermosas. A ver, a ver...

Se inclinó de nuevo, y desplazó la falda hasta dejar completamente al descubierto las piernas de Brigitte. Su asombro aumentó. Se quedó mirando perplejo las diminutas braguitas, que transparentaban suavemente el abundante vello rizado del sexo,

muy negro…

—¿Qué estás pensando? —rió guturalmente Luis.

—¿Tú qué crees? —sonrió de lado Alejo.

—No seas bestia, hombre. Eso se llama necrofilia, me parece… ¡Es una asquerosidad!

—Todavía está caliente el cuerpo —susurró Alejo.

Agarró el borde de la braguita, y dio un fuerte tirón, arrancando la pequeña prenda, que tiró a un lado. Acto seguido, su mano derecha se posó sobre los rizos sexuales.

—Sí… Todavía está caliente… ¿Tú qué dices?

—Que no —gruñó Luis—. Venga, vamos a buscar alguna herramienta para cavar la tumba.

—Espera, hombre. ¿Qué prisa tenemos? Si tú no quieres hacerlo, no lo hagas, pero yo sí voy a…

Se calló de pronto, simplemente atónito, de momento. Había mirado el rostro de Brigitte, y vio sus ojos abiertos, fijos en él. La sorpresa fue tal que durante un instante toda función quedó anulada en la mente y el cuerpo de Alejo. Luego, cuando comenzó a reaccionar, alarmado, ya no podía hacer nada. El golpe de karate, propinado con el puño derecho dispuesto en la postura conocida con el nombre de «puño demonio», impactó con sordo chasquido en su sien izquierda, y Alejo salió despedido de lado, ya muerto.

Inmediatamente, Brigitte giró hacia su izquierda, donde Luis, de pie y con el rifle en la espalda, comenzó a reaccionar lanzando una exclamación, al mismo tiempo que retrocedía un paso y se disponía a descolgar el rifle…

No llegó a hacerlo. Las manos de Brigitte asieron sus tobillos, tiraron de ellos con fuerza, y Luis cayó de espaldas, en doloroso aunque amortiguado impacto sobre la pinocha. Un instante más tarde tenía sobre su cuerpo, a horcajadas, a la espía más peligrosa del mundo.

Luis quiso gritar entonces, avisar a sus compañeros que vigilaban por el bosque alrededor de la casa, pero tampoco tuvo tiempo de nada. La mano izquierda de Brigitte descargó en su frente un alucinante *tegatana ate* de judo; fue como si una garra de acero hubiese golpeado a Luis, cuya frente crujió. Luis desorbitó los ojos, y se relajó en el acto, muerto fulminantemente.

Jadeando, Brigitte lo estuvo mirando unos pocos segundos.

Luego, a través de los pinos, miró hacia la casa, muy abiertos los ojos, tenso el rostro por la tensión del momento. Acto seguido, buscó por entre los pinos la presencia de algún otro hombre de Mendoza que pudiera haber visto lo que ocurría.

Pero no. Nadie se había interesado por aquello. Una cosa era pasear armados por un bonito bosque y un jardín y otra cosa era trabajar de verdad manejando una pala para cavar una fosa… Nadie se había acercado a Luis y Alejo. Estaba sola.

Se sentó sobre la pinocha, junto al cadáver de Luis, y se limpió de la boca la espuma verde. Nunca le había gustado la menta, nunca. Durante un par de minutos estuvo descansando, reponiéndose del esfuerzo físico que había significado no sólo despertar para atender debidamente a aquellos dos hombres, sino del terrible esfuerzo de concentración que había tenido que hacer antes para colocarse en estado cataléptico. Claro que tenía práctica, pues lo había hecho otras veces…, especialmente aquella vez en Jamaica, cuando tuvieron que organizar un funeral por ella…[2] Pero era un esfuerzo tremendo, agotador.

No se oía nada alrededor. En cuanto a su situación, era mucho mejor de lo que había esperado. Había pensado que quizá la dejarían en cualquier rincón de la casa aunque sólo fuese por unas horas, pero al haberla sacado al bosque la habían favorecido. Disponía ahora de dos rifles, y de libertad de movimientos. Dentro de la casa todo habría sido mucho más difícil.

Pocos minutos más tarde, ya casi completamente recuperada, arrastró a Luis y Alejo hasta meterlos entre unas matas. Uno de los rifles llevaba puesto un largo silenciador. El otro, no. Buscó en los bolsillos de ambos hombres, y encontró el silenciador en las ropas de Luis. Lo colocó en su rifle, cuya carga examinó. Perfecto. Eran unos buenos rifles, aunque no de la calidad y precisión del que había utilizado el falso Volk para asesinar a Eugen Smolenko. Una víctima inocente. ¿Por qué siempre caían víctimas inocentes?

En alguna parte, oyó el canto de un pájaro. Todo era quietud, el día era hermoso. Debían de ser las once de la mañana.

En realidad, todo lo que tenía que hacer Brigitte era alejarse de allí, hacer inmediato contacto con la CIA, y desentenderse del asunto. No tenía por qué complicarse la vida. Pero había dos cosas que ella, la agente Baby, no podía desatender. Tenía que hacerlas

personalmente.

Con todas las precauciones se fue deslizando hacia la casa. En dos ocasiones vio a sendos hombres paseando, rifle a la espalda, por entre pinos y flores, y se apresuró a esconderse, permaneciendo inmóvil. No tenía por qué apresurarse.

Tardó en total casi diez minutos en encontrar el lugar adecuado para lo que pensaba hacer. Ágilmente, se subió a uno de los pinos, y quedó sentada en una fuerte rama. Desde allí veía la puerta de la casa, alrededor de la cual paseaban más hombres. Frente a la casa, a unos cincuenta metros de ésta, vio el helicóptero, reluciendo al sol.

Perfecto.

Cuidadosamente, descolgó uno de los rifles, que se había colocado a la espalda, y, no menos cuidadosamente, apuntó hacia determinada zona del helicóptero. Por un instante, la agente Baby quedó tan inmóvil como si fuese de piedra. Entonces, apretó el gatillo…

A unos ciento cincuenta metros de ella, en el centro de la explanada, el helicóptero estalló, se convirtió de pronto en una bola de fuego y de negro humo que ascendió rápidamente; casi en el acto, el estampido de la explosión llegó hasta Brigitte, que apretó los labios y clavó la mirada en la puerta de la casa.

La paz había sido turbada. Ahora la espía oía voces, gritos, y el rugir del incendio del helicóptero, cuyo depósito suplementario estalló de pronto, con fuerte fragor, lanzando otra gran bola de negro humo hacia el cielo azul. Desde varios puntos del bosque y del jardín inmediato a la casa varios hombres aparecían corriendo, gritando… La puerta de la casa se había abierto, y más hombres aparecieron, desorientados y alarmados…

—Vamos, sal ya… Sal tú, amiguito… —susurró la espía.

Finalmente, a los pocos segundos, apareció en la puerta Ignacio Nacho Mendoza, descompuesto el rostro, gritando, dando órdenes que de nada servían, pues el helicóptero ardería hasta el final.

Brigitte Baby Montfort apercibió de nuevo el rifle, apuntó a la cabeza de Ignacio Mendoza, apretó los labios, se inmovilizó, y apretó el gatillo.

A doscientos metros de ella, la cabeza de Nacho Mendoza reventó como una sandía a la que hubiesen metido dentro un cartucho de dinamita. Fue un momentáneo y horroroso espectáculo

antes de que Mendoza cayese hacia atrás como una blanda mole.

Serenamente, Brigitte miró de nuevo hacia la puerta de la casa…, pero Anton Varikov no salió. El ceño de Brigitte se frunció, pero de pronto una seca sonrisa pasó por sus labios, y acto seguido hizo lo que menos podía esperarse: en lugar de saltar del pino y alejarse de allí, se encaramó más arriba, quedando completamente oculta en la verde frondosidad del árbol.

Los hombres de Mendoza seguían gritando, unos corrían hacia el bosque, otros se metían corriendo en la casa, otros buscaban protección en los sitios más inverosímiles… El helicóptero seguía ardiendo, lanzando su negra humareda. En el amplio porche de la casa, el cadáver de Nacho Mendoza parecía una blanda masa desparramada…

Entonces comenzaron a llegar los helicópteros, no menos de doce, todos ellos de la USAF, pero atestados de agentes de la CIA del Grupo Especial de Acción, de comandos superentrenados. Los helicópteros formaron un círculo amplio por encima de la casa, y quedaron allá como enormes libélulas, reflejando miles de veces la luz del sol. Del más alejado de ellos, que descendió casi hasta tocar tierra, comenzaron a saltar hombres ataviados con equipo especial, que quedaron entre los pinos rápidamente. Luego, todos los helicópteros se alejaron, hasta que dejó de oírse el terrible estruendo de sus motores. El fuego del helicóptero de Mendoza se iba consumiendo rápidamente.

Y entonces sonó la voz, ampliada por el potente megáfono:

—¡Están ustedes rodeados por equipos especiales de la CIA! ¡Salgan todos a la explanada, desarmados y con los brazos en alto o pasaremos al ataque total! ¡Disponemos de ametralladoras, bazookas y granadas de gas! ¡Salgan inmediatamente o aténganse a las consecuencias! ¡Les está hablando la CIA!

Las mismas palabras fueron repetidas en español, con el mismo tono incisivo y tajante.

Tres o cuatro segundos más tarde, los hombres de Ignacio Mendoza comenzaron a aparecer en la explanada desarmados y con los brazos en alto. Dos minutos más tarde, cuando ya también todos los ocupantes de la casa habían salido, llegaron de nuevo los helicópteros, y más de cien hombres controlaron rápida y definitivamente la situación.

Sólo entonces se descolgó del pino Brigitte Baby Montfort y se dirigió hacia la explanada. Varios agentes de la CIA la vieron, y corrieron hacia ella, tensos los rostros, muy abiertos los ojos.

—¿Está usted bien? —Casi gritó uno de ellos—. ¿Está bien, Baby, está…?

—Calma, calma —sonrió Brigitte—. Estoy perfectamente, Simón, dejen de preocuparse. ¿Alguna contrariedad entre ustedes?

El jefe de grupo de la CIA se pasó una manga del «mono» por la frente, lanzó un profundo suspiro, y, de pronto, sonrió.

—¿Desde cuándo la mayor traidora del mundo se preocupa por sus niños? —preguntó.

—Bueno —rió Brigitte—, siento que aunque sólo fuese por unas horas tuviesen todos el disgusto de creer…

—¡Claro que no! —exclamó otro Simón—. ¡Ninguno de nosotros lo creyó ni siquiera por un momento! Y todavía menos cuando usted, en Miami, pudo haber escapado tranquilamente aprovechándose de la buena disposición de nuestros compañeros de allá… Pero usted venga decir que «no tenía nada que decir»… ¿Cree que no interpretamos eso?

—¿Ah, sí? ¿Cómo lo interpretaron?

—Era muy fácil: usted no quería complicarles la vida a nuestros compañeros de allá colocándolos en la situación de haber desobedecido a la Central. ¡Vamos…! ¿Qué clase de estúpido podía llegar a creer todas esas patrañas sobre usted?

—Es muy agradable oír eso, Simón —murmuró Baby.

—Y todavía más —intervino otro—: ¿acaso no fue usted la que colocó en ese helicóptero un emisor de señales para que pudiésemos seguirla a distancia y localizarla a fin de intervenir en el momento oportuno?

—Pues sí —rió Brigitte—, ¡fui yo!

—¿Se da cuenta? —Guiñó un ojo el jefe de grupo—. Así que desde anoche mismo teníamos localizado este lugar, sabíamos que estaba aquí Ignacio Mendoza, y lo preparamos todo. Y cuando vimos el humo del helicóptero, nos dijimos: muchachos, Baby ha dejado de seguir el juego de los demás y está haciendo el suyo propio, así que… ¡vamos allá! Sólo que… no entendemos esto de Mendoza, francamente.

—Ya se lo explicaré. ¿No ha salido Volk de la casa?

—No —se endureció de pronto el gesto de Simón—, ése no ha salido.

—No es Volk. Es un agente ruso vendido a Mendoza, con el que ha estado colaborando. Su nombre es Anton Varikov. Habrá que tener mucho cuidado con él, no quiero que nadie se arriesgue…

Brigitte dejó de hablar, y se quedó mirando el grupo que se acercaba, y en el que destacaba, entre los agentes de la CIA, el ruso Cirilo.

—Este sujeto —llegó diciendo uno de los comandos— asegura que usted y él son amigos.

—Así es —aceptó Baby, sonriendo cuando Cirilo lanzó un suspiro de alivio—. Aunque está mejor dicho que hemos estado colaborando en esto. Me alegra mucho que Varikov no le haya matado, Cirilo, en lugar de dejarle salir de la casa.

—Varikov está muerto —susurró Cirilo—. Él quiso matarme a mí, y yo… tuve más suerte.

—¿Lo ha matado usted?

—Sí. Se trataba de su vida o de la mía.

—Nadie va a reprocharle que proteja su vida —murmuró Baby —. Bien, usted ya sabe casi todo lo sucedido, de modo que podrá explicar las cosas a su regreso, en Moscú.

Cirilo se quedó mirándola entre incrédulo y esperanzado.

—¿Quiere decir que puedo… volver a Moscú? ¿En serio?

—Naturalmente. Por suerte para usted —la divina espía sonrió como disculpándose por el significado de sus palabras—, ni ha llegado a oír mi nombre verdadero ni ha visto mi rostro. Así que puede volver. ¿Conoce a sus camaradas Tamiroff y Achenko?

—No. Bueno, sé quiénes son, pero no nos conocemos personalmente, si es eso lo que quiere saber.

—Eso es lo que quería saber. Y no importa que no se conozcan: podrán entablar una buena amistad camino de vuelta a casa. Iremos a la Central, avisaremos a su Embajada de que ustedes tres van a ser devueltos a fin de que sean… expulsados del país, y los dejaremos delante mismo. Espero, Cirilo, que sean lo bastante listos para no volver por Estados Unidos.

—Gracias —murmuró el ruso—… Sinceramente, gracias.

* * *

—A decir verdad —masculló el Director de la CIA— mi recelo hacia usted casi fue total, señorita Montfort. A medida que Pitzer y Cavanagh me iban explicando más y más cosas de usted me iban convenciendo, pero al principio… Bueno, un espía es siempre un espía, ¿no?

—Juraría que he oído esa frase antes de ahora —rió Brigitte Montfort—, pero no recuerdo cuándo ni dónde[3]… o no quiero acordarme. En cuanto al señor Pitzer y al señor Cavanagh, ¿qué vamos a hacer con ellos?

El Director miró mosqueado a los nombrados, que, como la propia Brigitte, estaban en su despacho.

—Sobradamente sé que ellos saben mucho más que yo de espionaje —masculló—. En lo que a mí respecta, su dimisión no tiene valor alguno.

—Esperemos que ellos no sean rencorosos y que decidan seguir trabajando para la CIA —los miró a los dos—… ¿Son ustedes rencorosos?

—Yo sí —gruñó Pitzer—, pero seguiré mientras usted siga.

—Lo mismo digo —murmuró Cavanagh.

—No sean malos —los amenazó Brigitte con un dedo—. A fin de cuentas, ustedes contaban con la ventaja de saber que yo nunca…

Sonó una llamada en el intercomunicador de la mesa del Director. Éste la atendió, haciendo un gesto de disculpa.

—¿Sí?

—Señor, ¿puede decirle a Baby que todo está preparado?

—De acuerdo —el Director cortó la comunicación—. Bueno, ya lo ha oído.

—Sí. Bien —la espía se puso en pie—, hasta otra, señor Director.

—No sé por qué —gruñó éste— tengo la impresión de que todo esto la ha hecho divertirse a usted a mi costa.

—Me parece que también usted es rencoroso —rió Brigitte—. Y eso no es bueno para la salud. ¡Adiós!

Brigitte, Cavanagh y Pitzer salieron del despacho. Minutos más tarde entraban en un cuarto donde esperaban Cirilo y otros dos hombres, cuya expresión era entre sombría y desconfiada.

—Muy bien —exclamó alegremente Brigitte—: entiendo que todo está preparado para la marcha. ¿Lo ven, colegas? —Miró a los dos silenciosos acompañantes de Cirilo—. ¡Ya les dije que les

dejaría marchar! Y no sólo eso, sino que voy a tener el gusto de acompañarles casi hasta la mismísima Embajada rusa… ¿Le ocurre algo, Cirilo? ¿Por qué me mira así?

—Bueno, yo… me estaba preguntando si realmente es usted así, como la veo ahora.

—¿Cabellos negros, ojos azules, bellísima…? No, no. Éste es uno de mis disfraces, otro más. ¿Nos vamos?

Casi diez minutos más tarde, la señorita Montfort conducía un coche en dirección a Washington. Junto a ella, Cirilo. Detrás, siempre silenciosos, los otros dos hombres.

Estaba anocheciendo.

Este es el final

El último aullido del Lobo

La señorita Montfort detuvo el coche cerca de una esquina, paró el motor, y miró amablemente a Cirilo.

—Muy bien —dijo—, sólo tienen que andar un centenar de metros y ya estarán en su Embajada. Adiós y buena suerte.

Cirilo, que había permanecido pensativo, alzó la cabeza, y la miró. Las luces de la avenida permitían ver muy bien el bello rostro femenino, su amable sonrisa.

—¿Sabe? —susurró Cirilo—: en el fondo siento que todo esto haya tenido que suceder así. Pero, a fin de cuentas, usted lo entiende, ¿no es cierto?: el espionaje es siempre el espionaje, y sólo los mejores sobreviven. ¿No está de acuerdo?

—Pues sí —se desconcertó Brigitte—… Pero no entiendo a qué viene esto ahora, Cirilo.

—Llámeme Volk —deslizó fríamente el ruso—… ¡Sujetadla por los cabellos!

Brigitte fue a moverse, pero desde atrás los dos hombres que ocupaban aquel asiento se apresuraron a sujetarla por los cabellos, manteniéndola sujeta al asiento, rudamente. Los grandiosos ojos de Baby giraron hacia Cirilo, que la miraba con incontenible asombro.

—¿De verdad no llegó a sospechar de mí? —preguntó—. ¿Realmente no pensó en ningún momento que si Anton Varikov no era Volk tenía que serlo alguien, y que ese alguien podía estar por aquí, disgustado por el hecho de que alguien utilizase su nombre de guerra?

—No puede ser —jadeó Brigitte—… ¡Usted no es Volk! No, no, no… ¡Cirilo, no!

—Pues lo soy. Ya sé que no soy tan llamativo ni atractivo como Anton Varikov, pero así es mejor para mí, ¿no cree? Soy tan

insignificante que por eso siempre puedo ir a donde quiero y hacer todo lo que quiero sin que nadie se fije en mí. Y cuando supe que había en Estados Unidos alguien trabajando con mi nombre, y que sonaba el de usted… Bueno, no sé, sentí una indignación tremenda, y me vine para aquí inmediatamente. Cuando usted pidió un hombre para trabajar a su lado, yo quise ser ese hombre. Así que, mientras usted buscaba al Lobo, el Lobo ha estado en todo momento junto a usted. Y ahora, esto… Casi siento remordimiento. ¿Por qué demonios ha tenido que ser usted una persona tan… humana en todo momento? ¡Sería más fácil matarla si usted hubiera sido de otra manera!

—Entonces, Cirilo… ¿va a matarme? —susurró Brigitte.

—No puedo hacer otra cosa. Usted lo entiende, ¿verdad?

—No. Pero eso me demuestra claramente, de un modo definitivo, que en efecto, como se ha dicho siempre, Volk es un asesino.

—Un espía —corrigió Volk—: sólo un espía.

—No. Se puede ser espía sin ser asesino, pero usted es las dos cosas. ¡Tanto tiempo deseando encontrarme con el Lobo, pensando que quizá no fuese tan frío y asesino como decían, pensando que quizás el diálogo podría servir de algo, y ahora…! ¿No piensa dialogar conmigo, Cirilo? ¿No piensa darme ninguna oportunidad?

—Lo siento, pero no —dijo secamente Volk—. Echadle la cabeza hacia atrás, la mataré de un golpe en el cuello.

—Ya es suficiente —dijo Brigitte.

Los dos hombres que la sujetaban por el cabello la soltaron, y Brigitte sacó del escote su pistolita de cachas de madreperla, con la que apuntó a Volk a la cabeza. Volk había respingado, había mirado a sus supuestos compañeros Tamiroff y Achenko, y ahora miraba con expresión desorbitada a Brigitte Montfort.

—Acabas de dar tu último aullido, Lobo —deslizó serenamente la espía internacional—. No creo que tengas nada más que decir. ¿O sí?

—¿Usted sabía… que yo soy Volk? —jadeó éste.

—Se me ocurrió que podría serlo, sobre todo por el modo en que mató a Anton Varikov. Y luego, también pensé que un espía de la categoría de Volk no podía permitir que nadie usurpase impunemente su personalidad. Así que si Varikov no era el Lobo…

¿quién era el Lobo? Y pensé que podía serlo usted. Sí, el Lobo ha estado andando suelto de un lado a otro, pero… ya terminó su peregrinaje. Como usted bien ha dicho, sólo los mejores sobreviven.

—¿Me va a matar? —sonrió el Lobo.

—Por supuesto.

—De acuerdo. Dispare.

—Con mucho gusto.

Plof, sonó el leve chasquido de la pistolita de cachas de madreperla. La bala se hundió en la frente de Volk, que, simplemente, se fue un poco de lado, quedando como dormitando apoyado en el cristal de la ventanilla. Un diminuto agujero negro se veía ahora en su frente.

Brigitte salió del coche, haciendo una seña a sus dos Simones, que la siguieron hasta el otro coche, que se había detenido alejado del primero. La espía entró en este coche, en el asiento de atrás, donde estaban los auténticos Semion Tamiroff e Igor Achenko, que la miraron con expresión desorbitada.

—En el otro coche está Volk —susurró la espía—. Llévenlo a su Embajada, y dejen el coche por ahí y ya lo recogerán mis compañeros. Espero que en su embajada sepan jugar y perder. Y al llegar a Moscú, recuerden: informen de mi parte de que el Lobo ya no anda suelto. Feliz viaje.

FIN

Notas

[1] En ruso, *Volk* significa Lobo. <<

[2] Véase la aventura titulada *Funeral por Baby*. <<

[3] Véase la aventura titulada precisamente *Un espía es siempre un espía*. < <